

LOS ORGANOIDES

y otros cuentos levemente inquietantes

Danny Storm

©2015, by Danny Storm

1ª Edición: 2015

ISBN: Not assigned

“THE ORGANOIDS AND SOME OTHER SLIGHTY DISTURBING TALES”

“Comprendí que estaban dentro de mí, no, no sólo dentro, que eran parte de mí, ¡de mí!, y que su dolor era mi dolor, y su resequedad mi resequedad, y sus malditas visiones mis visiones malditas”.

INDICE

1. EL CURIOSO	-----	8
2. ANDRÉS MALTÉS	-----	11
3. EL TRATO	-----	15
4. HIJO MÍO, HERMANO MÍO	-----	18
5. CABELLOS RUBIOS	-----	21
6. LOS ORGANOIDES	-----	25
7. EMPATÍA	-----	30
8. LO QUE NACE DEL CALOR	-----	36
9. COMPRESIÓN	-----	42
10. EL HOYO	-----	49

EL CURIOSO

Hay un hombre, en la calle 54, en un edificio de ladrillo basto, en el cuarto décimo del primer piso, que merece lo que le haré. Quisiera saber qué es lo que le haré. Es que soy curioso.

Hace dos horas he salido de una alcantarilla. No sé dónde está precisamente ubicada, del mismo modo en que ignoro en qué dirección he estado caminando (o deambulando, lo que sea, no entiendo cómo me desplazo en realidad). Digo “he salido”, porque eso presumo al acudir a la más antigua memoria que perdura en mi cabeza, la del momento situado hace dos horas en el que pasé de la oscuridad a la luz de esta calle del centro de la ciudad.

Pero no sé. Para salir, tuve que haber entrado allí, y no estoy seguro de cuándo o cómo pude haberlo hecho. Una cosa más que se une al club. Ah, y ahí va otra señora que se ha reído de mí hasta el cansancio. Creo que me dirigiré a ella, tal vez lllore como los demás cuando lo entienda (entender ¿qué? ¡Sepa!).

Es invierno, y la lluvia es cálida al contrario de lo que se esperaría, y la gente en esta ciudad no sabe lo que son los paraguas, pero parecen cómodos con eso y la sensación de bienestar que portan parece transmitirse a uno con facilidad.

Bueno, en mi caso, eso ocurre hasta que me miran.

Cuando lo hacen, curiosamente toda serenidad se rompe.

La primerísima reacción es la de la risa. En cuanto atisban mi silueta a lo lejos, les ataca pero en serio. Se “desternillan” (no sé qué quiere decir eso y me suena a “desatornillan” pero seguro no está relacionado), se doblan de las carcajadas y me señalan con el dedo de señalar. Luego otros siguen la dirección del dedo y se repite la cosa. Curiosamente, no me causan ofensa alguna sino una sana curiosidad. ¿Por? Me miran, me señalan, se ríen... ¿por?

En serio, no lo entiendo, porque ahí está lo raro, yo mismo no me puedo ver. Bajo la mirada (con lo que sea que la produzca) y donde debería estar mi estómago, y el resto de lo que sea que soy, no hay nada. Sólo el pedazo de calle del que vengo, y el sol que “me” atraviesa para iluminarlo. Ni idea. Por mí que a lo mejor no existo y sólo me imagino que estoy pensando esto, y haciendo como que lo redacto y anotándolo en un diario más imaginario aún que yo, que ya es decir.

En efecto, la señora, en cuanto me ha tenido a tiro de china, unos diez metros, se ha desatado a llorar como una Magdalena. No de miedo, ni de lástima, sino como de un desconsuelo tan grande, que si tuviese yo brazos ya la estaría acunando en ellos de pura compasión que me da y es que pobre, hasta se le ha caído la bolsa de la compra y se le ha doblado el rostro lo mismo que sus rodillas, y ha quedado tendida en el pavimento lleno de lluvia en cuanto me ha visto acercarse. ¿Qué ha visto? Daría mi nariz por saberlo, incluso por saber si tengo una nariz.

Lo que sí tengo es un objetivo. Hay un hombre, en la calle 54, en un edificio de ladrillo basto, en el cuarto décimo del primer piso, que merece lo que le haré. Quisiera saber lo que le haré. Soy curioso.

Una fila de niños va caminando como un trencito simpático en el paso de cebra: el primero de la cola va de la mano de la profesora (de buen ver, he de añadir), y el último no, como es de suponerse. Cada uno lleva su manito izquierda en el mochilón del antecesor. Me miran, ellos también. Y lo mismo. Se ríen, se comienzan a reír como pequeñas hienas bebé, se retuercen y van desconchabando la formación y se tapan la risa de baba con las manos y se golpean unos a otros como si el humor tuviese algo que ver con la violencia. La profesora trata de apaciguarlos, pero eso es antes de que a ella misma se le doble el cuerpo de risa cuando me ve.

Es un alivio que ya hayan cruzado la autopista cuando llegan a verme de cerca, porque con el *close-up* viene el llanto, el incontenible llanto que pone rojizos los rostros aceitunados de los críos y el maquillado cutis de la maestra, al grado que todos están en el piso húmedo de la banqueta cuando paso junto a

ellos, agotados de desconsuelo, exhaustos de dolor sosegado, enroscados como fetos con ropa y como a la espera de la muerte, cosa que yo, espero, no les traigo ni de recado.

Me encojo figurativamente de hombros. En mi interior, la duda no es más que un pequeño gusanito en la guayaba que no hace más nada que estar ahí, inofensivo, y que ni siquiera afecta el sabor o la textura cuando se muerde mentalmente hablando la situación. No sé, yo en serio no sé nada. He de llegar, nada más. Ni siquiera tengo prisa, creo.

Nada en absoluto se acumula en mis memorias, nada que pudiese estorbar la prioridad que ostenta mi cometido. No sé qué cosa soy, ni me interesa sobremanera, más que por la sana curiosidad. El pasado se presenta tardío y prosaico, como salido de un caño. El futuro no es más que la suma de las posibilidades, y no representa más desafío que la presunción de la realidad. No hay escrúpulos que me desconcierten, ni explicaciones que me desacierten. Sigo, tal como debo hacerlo, avanzando implacable primero por la calle, luego por el vestíbulo, después por el pasillo, luego por la puerta que está abierta, esperándome, por lo que veo.

Aquí, en la calle 54, en este edificio de ladrillo basto, en el cuarto décimo del primer piso, hay un hombre que merece lo que le haré.

Y el hombre se encuentra aquí, y a diferencia de los otros, él no ríe, ni llora, ni se desconsuela ni se desternilla, ni de lejos ni de cerca. Tampoco dice nada del tipo de “te estaba esperando”. Sólo me observa, con un poco de curiosidad. Ya somos dos.

Se merece lo que le haré. Quisiera saber lo que le haré. Oh, claro, la puerta. Que la cierro. No quisiera que entrase algún curioso.



ANDRÉS MALTÉS

caminaba el abuelo con mucha parsimonia, en las calles empedradas de aquel pueblecito. Era un hombre de muchos años y pocos zapatos, de mucha barba y pocos pelos en ella. Andaba, indistinto de la gente de su edad. Su bastón de caoba ya no relucía como cuando lo había comprado. Pero tenía algo de la piel renegrida, encogida y como impregnada de sabiduría del anciano.

En aquella tarde medio soleada, el bastón hacía un pequeño concierto de un solo ejecutante al sacarle nota a las desiguales piedras planas del camino. Toc. Toc. Toc.

Pareció gustarle la nota de cierta línea perpendicular de piedras, porque en lugar de seguir adelante, se fue de lado tocando por turno cada una de aquellas piedras hacia la izquierda, hasta que dio con la nota requerida justo frente a una casa. Luego el bastón, levantado por la mano adusta del viejo, quiso ver si la puerta de madera tenía una nota armónica con aquella.

Abrieron la puerta. Una mujer de muchos hijos y poca esperanza examinó al viejecillo desde dentro. Llevaba rulos y comía una fruta indefinible en una bolsa de plástico. Con la mirada preguntó qué deseaba.

- Muy buenas las tenga, me llamo Andrés Maltés y un doctor de la cabeza me dijo que lo que debía hacer era encontrarme a mí mismo. Así que, como aún no he tenido éxito, quisiera saber, si es tan amable de decírmelo, si no me ha visto por algún lado.

La mujer abrió un poco los párpados ojerosos. Murmuró algo sobre un viejito loco y cerró de un portazo un tanto suave, porque tampoco estaba la solidez de la puerta para andarse con grandezas. Sin inmutarse, el señor Maltés continuó andando. Toc. Toc. Toc.

Otra puerta, esta vez de metal. Un hombre que podía ser hijo (pero no el último, sino el mayor) de don Andrés apareció al otro lado, con un chaleco desteñido y con un pantalón azul bandera al hombro, como una banda presidencial. Era el sastre del pueblo. La cinta métrica la llevaba como una banda secundaria al otro hombro.

- Muy buenas las tenga, me llamo Andrés Maltés y un doctor de la cabeza me dijo que lo que debía hacer era encontrarme a mí mismo. Así que como aún no he tenido éxito, quisiera saber, si es tan amable de decírmelo, si no me ha visto por algún lado.

El buen sastre, mucho más educado que la señora, lo observó un momento antes de responder.

- Ay, amigo, creo que para eso tiene que hallar un propósito. Una razón para vivir, ¿sabe? ¿no la tiene?
- Yo... bueno...
- Porque entonces no va a poder encontrarse a sí mismo. Son cosas de psicólogos, sabe usted, y yo no lo soy, pero cuando hago un pantalón, ya sé para lo que va a servir, y cuando una camisa, lo mismo. Todo sirve para algo. Si usted no sirve para nada, no puede encontrarse a sí mismo.
- Ah.
- Por eso le preguntaba si sirve usted para algo.
- Pues... ahora que me lo dice, sí. Creo que sí.
- Pues haga eso. Así va a encontrarse a sí mismo.
- Yo creí que...

- No no, no ande creyendo, sólo haga lo que le digo. Suerte.

El sastre cerró con delicadeza la puerta. Andrés Maltés reflexionaba tupido mientras seguía andando. Toc. Toc. Toc. Él pensaba que encontrarse a sí mismo era hallarse de verdad en otro lugar, hallar otro Andrés Maltés en una calle y una casa cualquiera, una copia de su rostro en algún lado, un rostro igual de delgado e igual de maltratado por los años que le confirmase que él no era el único al que “aquello” le pasaba, que le devolviera un poquito de la cordura perdida.

Pero así no. Eso de “encontrarse a sí mismo” figurativamente hablando no le hacía gracia. No era eso lo que él necesitaba. ¿Propósito en la vida? Bah, eso ya lo tenía. Ellos se lo habían dado. Había olvidado preguntar al sabio sastre que no era psicólogo pero a lo mejor sí, qué cosa ocurría si el propósito que uno tenía no le gustaba.

Toc. Toc. Toc. Otra puerta, otras dos, otras dos docenas.

- Muy buenas las tenga, me llamo Andrés Maltés y un doctor de la cabeza me dijo que lo que debía hacer era encontrarme a mí mismo. Así que, como aún no he tenido éxito, quisiera saber, si es tan amable de decírmelo, si no me ha visto por algún lado.

Multitud de caras desconcertadas, hostiles, impacientes y despectivas. Unos cuantos consejos desatinados más para engrosar la colección. Le dolían los pies antiquísimos, le dolía la antiquísima sed de cordura. Pero por eso mismo no podía detenerse. Le quedaban pocas horas para la noche. Y ya cumplido el propósito, no podía deshacerse.

Cuando lo enviaron, le dijeron que pasara desapercibido. Y que sin importar la ruta que tomara, para la noche de esa fecha específica debía estar en ese pueblo. Era un pintoresco pueblo donde todo estaba junto: la clínica, el puesto de policía, la minúscula escuela y las instalaciones del agua potable. Parecido a los muchos pueblos que el abuelo había recorrido en su travesía, en todos ellos presentándose en el mismo tenor:

- Muy buenas las tenga, me llamo Andrés Maltés y un doctor de la cabeza me dijo que lo que debía hacer era encontrarme a mí mismo. Así que, como aún no he tenido éxito, quisiera saber, si es tan amable de decírmelo, si no me ha visto por algún lado.

Pero no lo había logrado. Era una pena. Habría dado muchas cosas por encontrarse a sí mismo, por tener un compañero idéntico que tuviese la misma misión, o incluso uno que no tuviese una y al que le pudiera regalar su misión y propósito en la vida. Es que en serio, no le gustaba.

A las cinco de la tarde, el pequeño puesto de policía recibió una llamada sobre un inofensivo loquito en la calle, tocando casa por casa y preguntando cosas

raras. Se movieron con pereza los policías, fueron a por él. Lo trajeron sin más protestas, sin más bagaje que su bastón y decidieron dejarle en una celda toda la noche mientras pensaban qué hacer con él. Lo acomodaron lo más confortable posible, pues no les quedaba duda de que el viejecito era inofensivo de veras.

A media noche, el único agente de guardia oyó unas toses secas del anciano y le preguntó si necesitaba algo. “Aire fresco, si no es mucha molestia”, le respondió Andrés Maltés. Con cortesía y sin desconfianza, el uniformado lo sacó de la celda, aunque tampoco lo iba a dejar salir a la calle. Lo llevó al patio trasero del puesto, donde había algunas plantas y un pequeño banco donde sentarse, y lo dejó allí. El aire de la noche le cayó en los hombros y él se sentó serenamente. El guardia le dijo que le llamara cuando estuviese listo para entrar.

Sin mucha prisa, Andrés Maltés, el hombre a quien un médico de la cabeza le había recomendado encontrarse a sí mismo, pero que no lo había logrado, se subió con cierta dificultad al pequeño muro que separaba la comisaría de las instalaciones de abastecimiento de agua. Entró a estas, sin prisa aún.

Desenroscó una tapa de metal en algún sitio, y se quedó viendo por un agujero negro el liso y veloz torrente de agua pura que se dirigía al pueblo. Ya qué, era un hecho que su propósito en la vida no le gustaba. Pero no había podido encontrarse a sí mismo para descargar tal propósito en alguien más. Y es que nadie más podría llevarlo a su culminación, solamente él mismo. O eso le habían dicho.

Y sin prisa todavía, Andrés Maltés desenroscó un extremo de su bastón hueco, que por muchos días había ido por las calles haciendo “toc, toc”, sacó de él tres pastillas blancas del tamaño de su pulgar, y tranquilamente se dispuso a envenenar el agua del pueblo.



EL TRATO

Anoche se llevaron el televisor. Fue uno de sus mejores trabajos, porque yo duermo sólo a unos tres metros del aparato y ni siquiera sentí el olor característico. O a lo mejor estaba tan dormido que no me di cuenta. Pero me pregunto ¿por qué habían esperado tanto para llevárselo?

No es fácil vivir solo. Eso tal vez lo sabe todo el mundo, o tal vez lo han escuchado pero muchos lo niegan diciendo que es lo mejor en la vida. Yo discrepo. Para mí es horrendo. No es que la ausencia de familia sea en especial

desoladora, porque la verdad se ahorra uno estar aguantando una maraña perenne de ruidos, palabras, personas usando el baño y quitándote tus cosas, gente diciendo cosas del clima y del gobierno, del tráfico y de los precios de las cosas y palabras, y más palabras, y disputas y peleas que inician con palabras y deben arreglarse con palabras. Palabras y más palabras.

Hablar no me gusta. Si yo tuviera familia, es decir, si ellos me permitieran tenerla, me daría el lujo de tener sólo una mujer. Una pequeña, delgada y sencilla pero inteligente mujer que me hiciera compañía silenciosa durante las noches invernales y se conformara con mi silenciosa y también invernal compañía. Leeríamos por las tardes algo de Ray Bradbury, o de Jack London, y beberíamos café caliente con un poco de leche, y nos besaríamos un rato y tendríamos tal vez un perro que no sé cómo lo llamaríamos porque no tengo mucha imaginación.

Pero es imposible. Se llevarían al perro. O lo que es peor, se la llevarían a ella.

Este año, mis siete hermanos fueron desapareciendo uno por uno. Santi, el mayor, trabajaba en una construcción y un día no volvió. Sencillamente se lo tragó la tierra, no literalmente, porque lo habrían hallado. Excavar es de lo más fácil. Sólo se fue. Se esfumó. No, corrijo. Se lo llevaron. Luego Lucas, el que nació después de mí y con un ojo más pequeño que el otro. Un día mi madre lo dejó en el baño, con el convencimiento de que ya podía sólo y no cabía en el hoyo del excusado, y se fue a apagar la lumbre de los frijoles. Cuando regresó, Lucas ya no estaba. También se lo habían llevado.

La semana pasada se llevaron mi chaqueta impermeable. Ahora cuando salgo a cobrar mis rentas a la oficina de correo, corro el riesgo de mojarme cuando llueve y no me gusta la lluvia. Me recuerda la noche en que a mi tercer hermano Pancrancio se lo llevaron. Muy rara la cosa, para dar detalles. El caso es que cada vez que se llevan algo, la vida me cuesta un poquito más. Cuando se llevaron el refrigerador, pensé que sólo era cuestión de ahorrar para comprar otro y mientras tanto podría vivir de cosas que no necesitan conservarse heladas, pero el caso es que cuando guardo dinero también se lo llevan. Ya sea guardado aquí, o en el banco.

Y ese no era el trato.

No sé cómo se mueven tan rápido. Ni que fueran espíritus, y ojalá lo fueran, porque sería más fácil todo, más entendible, ¿me explico?

Cuando se llevaron a Arnoldo, mi cuarto hermano, él y yo jugábamos con la pelota en la calle. En cierto momento, la pelota color azul y rosa se fue a un tragante y aunque estaba seco, cuando asomamos la cabeza supimos que se la habían llevado. Arnoldo no dijo nada, sólo me vio con aquella mirada de comprensión que a veces le ponía a las cosas. Volví a dirigir mi mirada al

tragante, y entonces sentí el olor, ese extraño olor como a café viejo que dejan en el aire. Al volver la cabeza, mi hermano ya no estaba.

En ese entonces ya no había dolor en la casa. Dado que el primero a quien se habían llevado era papá (¿no lo había mencionado?), teníamos que vivir de las rentas, todos nosotros y alcanzaba y sobraba. Pero eso se lo llevaban, el sobrante, digo. Y repito que no era el trato. Pero entonces se llevaron a mamá (¿no lo había mencionado?) y entonces los chicos y yo nos quedamos solos y fue en esos tiempos cuando empecé a pensar en que me habría gustado tener una hermana porque era aburrido estar solo con mis hermanos que comían, bebían, se fugaban a hacer cosas de chicos y eran arrestados y luego volvían a casa sólo para que se los llevaran sin más al día siguiente.

Hace un mes se llevaron mi computadora. Sólo me dejaron la televisión, como una burla y un regalo al mismo tiempo porque yo sabía que se la llevarían pasados unos días. Tardaron, como dije, un mes. Ahora lo que hago con mi tiempo es limpiar la casa, que cada vez se me hace más pesada y grande y llena de esquinas y no me gusta, la casa no me gusta porque me recuerda la noche en que a Luciano se lo llevaron y los gemelos se pusieron a llorar y a gritar de miedo, porque no entendían cuando yo les decía que siempre es así, que tiene que ser así y siempre ha sido de ese modo, que a los hermanos se los llevan y entonces quedamos menos y hay más trabajo pero más comida también, eso en el caso de que no se la lleven de la alacena. Y hay más dinero, pero se lo llevan. No se suponía que lo harían.

No soy un hombre muy inquisitivo que se diga. Pero a veces me pregunto ¿por qué no me llevan a mí? ¿Por qué no me arrebatan de debajo de la cama como se llevaron a los gemelos, que dejaron tremendos arañazos rojizos en el tejido del mueble? En la escuela nos enseñaban a buscar patrones. Para trabajar, porque es necesario, y también en los conjuntos de cosas. Que buscáramos “secuencias repetitivas” decía una maestra muy linda y amable que era de las que mejor me caían antes de que se la llevaran.

Y el “patrón” que mi mente limitada encuentra en esto es que se llevan cosas que me sirven mucho. Los televisores y refrigeradores sirven. Ahora debo comprar y comer todo el mismo día. Y debo limpiar y ordenar la casa para distraerme. Antes no lo hacía, los chicos lo hacían todo y eso los hacía útiles para mí. Así que se los llevaron. Lo dicho, al parecer se llevan todo lo que me sirve. Los padres sirven. Y las chaquetas impermeables, y la comida. Cuando se llevaron la cama y luego la mesa de noche, no dije nada. Al cabo cualquiera duerme en el suelo con una frazada, pero entonces se llevaron las frazadas. Y cuando se llevaron mi ropero, lo soporté, pero desde ese día la ropa que llevo puesta está muy sucia y me da vergüenza salir a la calle a cobrar mis rentas y que la gente crea que soy un vagabundo. Pero se llevaron la pileta de agua, y

no puedo lavarla. Más de una vez he pensado que debería correr tras el rastro de olor, para alcanzarlos y forzarlos a que me devuelvan mis cosas. Pero se llevaron mis zapatos. A veces me desespero y quisiera llorar en algún hombro, pero se llevaron a mi madre y a dos de mis tías.

No me gusta esta situación. Porque llegará el día en que se lleven mis piernas, que también me sirven, y mis manos, que son la mar de útiles, y cuando eso pase tengo el miedo, el horrible temor de que en realidad no me lleven a mí, de que me sigan quitando cosas útiles pero que nunca me lleven, y que nunca quede la casa abandonada y oliendo a café viejo, abandonada como debería estar desde aquel estúpido día, y temo sobre todo que más nunca pueda yo ir a recoger el dinero que me envían, ese que siempre fui a cobrar cada mes y el cual, si me dejan aquí inútil y se llevan de mí todo de todo nadie reclamará, y a veces pienso que en eso estaba la trampa.

Porque la verdad ese nunca fue el trato.



HIJO MÍO, HERMANO MÍO

si puedes leer esto, y yo sé que puedes, por favor vuelve a casa. No pienses más en las cosas que te dije, por favor, ni en las cosas que ambos hemos pensado el uno del otro, ni en todo lo que ha ocurrido desde aquel día terrible, el día en que el recipiente cristalino de la tranquilidad se rompió en nuestro hogar, el mismo día que huiste como un hijo rebelde y empezaste a buscar tu destino fuera de estas paredes.

Pero no tienes otro destino que este.

Yo sé que puedes entender esto. Una de las últimas grabaciones que hicimos, específicamente la que registró la prueba 126.35 de la serie 87 (grabación que tú mismo me ayudaste a registrar porque yo tenía ocupadas ambas manos, ¿recuerdas?), me muestra que cuando yo tenía la vista fija en la pantalla de la tablet, tú también leías de reojo y comprendías, si no todo, al menos más del 80% de lo que ahí ponía.

Por eso no te sorprendiste cuando de aquel experimento resultó un aumento exponencial de tu fuerza motriz.

En estos 18 días desde que escapaste he visto las noticias, casi tres veces al día. Al principio eran simples atisbos, meros rumores que aparecían en los noticieros sensacionalistas de esos canales que nadie mira, que sólo sirven de relleno para la suscripción de la televisión por cable y así te pueden decir que tienes 750 canales. Claro, la mayoría de ellos basura.

Pero me aparto del tema. Como dije, eso fue al principio.

Con el pasar de los días fueron aumentando las referencias a ti en los noticiarios más serios (no te imaginas las ridiculeces que se les ocurrieron sobre tu forma física o naturaleza, a cual más descabellada), y cuando surgieron los primeros robos (imagino que registrarás todo para devolverlo a su tiempo, no podemos permitir que la gente dude de nuestras intenciones cuando nos revelemos al mundo), la gente comenzó a prestarte atención más seria, muy a su pesar. Pero siguen sin dar en tu pista, y claro que me alegro de ello.

Aún así, no entiendo tu posterior comportamiento. Como alguien que vive en base a sólidos principios (un hombre de ciencia los debe tener, o se convierte en una máquina de destrucción que debe ser, a su vez, destruida), me decepciona profundamente la baja tan sensible que has sufrido en la escala de valores. No entiendo, por ejemplo, cómo ayudará a nuestra causa el que de repente aparezcan ocho personas en la calle, más muertos que la economía nacional, desparramados y en el estado en que tú los dejas... Sin siquiera haber sido aleccionados ni persuadidos a unírseles.

No entiendo que hagas esto si atrae tanto la atención pública y las víctimas son gentes que no están en el orden de los prescindibles, desde el punto de vista de los lineamientos básicos que son los primero, he de hacer notar, que te enseñé.

Yo sé, como tu mentor que soy, y vaya que he cumplido con esta misión desde que mi padre me la encargó, que debo ser paciente contigo. Pero sinceramente estoy preocupado.

Por otro lado, también me inquieta tu salud. En esta quincena y media debías ya haber ingerido cinco dosis o seis, y sin ellas ya sabes el problema que se te presenta, un escollo muy respetable para la impresión pública que queremos dar, dado que deberemos dejar a un lado todos los subterfugios cuando nos revelemos al mundo.

Pero hago muchas digresiones. El punto, hijo (me atrevo a llamarte así, como mi padre conmigo) es que tienes que volver. El momento se acerca. La gente tiene una opinión demasiado equivocada de nosotros, basada en los cuentos de ficción. Nos imaginan malos y ruines, nos forman a su antojo como la personificación de sus miedos en su mente desbocada, alimentada por décadas con escenas de oscuridad, penumbra, niebla y gritos a la mitad de la noche, y no podemos permitir que se siga creyendo semejantes barbaridades.

Nosotros y los imprescindibles, que ya empiezan a diferenciarse cada vez más, somos el futuro. Y tú, como el único ejemplar en esta fase particular del desarrollo, eres el único eslabón que permitirá llevar a feliz término nuestro noble propósito. Por eso te lo ruego de nuevo, vuelve.

Si no me ves como tu padre (y no te culpo, pues nuestras fases son cercanas en

realidad), entonces mírame como tu hermano mayor. Un hermano que siempre te ha cuidado, instruido y protegido. No tengo autoridad sobre ti, lo sabes, tal como mi padre no la tenía sobre mí, ni el suyo antes de él. Pero apelo a tu sentido de hermandad, como último recurso, para que regreses y sigamos con el plan.

Tú y yo, nuestro hogar, nuestro proyecto, todos los primera fase que esperan anhelantes, burbujeando en las probetas, ansiosos de salir y mostrarse a los imprescindibles como la guía y la llave para un mejor mañana... esto es todo, no hay nada más a excepción de esto.

Regresa, por favor, hijo mío, hermano mío, que el mundo espera por la luz.

Y la luz saldrá de la misma probeta que nosotros.



CABELLOS RUBIOS

Abby, Brenda y Candy eran tres hermanas y vivían juntas. Vivían solas, pues, ya que eran huérfanas, y compartían entre las tres la enorme casa victoriana, única herencia de los abuelos, única posesión de toda la estirpe. Eran tres hermanas y a su modo se querían.

Un día, una de ellas asesinó salvajemente a las otras dos, dejándolas colgadas del candelabro del comedor, donde había una bonita pintura de caballos.

Me interesa contar cómo es que esto ocurrió. En cuanto al por qué, tendremos todos que adivinarlo, me temo... analizarlo como si fuésemos doctos en ello. Pero de no serlo, lo fingiremos.

Abby era la más recia de todas, la líder, la mayor, con dos años de diferencia hacia Brenda y casi cinco hacia Candy. Abby era fuerte y casi, casi masculina. Alta y de tez cetrina, se movía con precisión y fuerza por los pasillos de la casa, como arrastrando un huracán en los faldones de su vestido. Sabía siempre qué hacer, siempre se plantaba como es debido ante los problemas, y no le envidiaba los pantalones a ningún hombre, pues de hecho en algunos casos se hubiese podido decir lo contrario. El pecado de Abby era ser fea, sin encanto alguno. Su ventaja: No le interesaba tenerlo.

Brenda era la regular de las tres. Ni fea ni bonita, era inteligente y simpática, y sabía desenvolverse en sociedad aunque para las decisiones importantes no le molestaba dejar lugar a su hermana mayor. Prefería quedarse en un puesto secundario, auxiliar, siempre hablando al oído para dar su opinión respetuosa, siempre atenta a lo que se pudiera presentar para ayudar en ello. Amaba

mucho a sus hermanas y era más bien normalita. Un par de pretendientes que no estaban del todo mal, un par de vestidos que no estaban del todo mal. Brenda misma no estaba, y en esto se puede resumir su personalidad, “del todo mal”.

El gran escollo, signo de admiración por triple y quintaesencia de lo problemático en la casa lo integraba únicamente la entidad fogosa, impertinente, vulnerable, tonta y descaradamente bella que había recibido por nombre Candy. Archinémesis de sus hermanas, especialmente de Abby, la mocosa con cuerpo de mujer era un volcán en erupción constante, pero sin dirección ni control alguno, un torrente de ideas locas y conductas desarrapadas que arrastraba hacia ella las miradas y la atención de los chicos como la miel a las abejas, si se me permite el cliché de figura retórica. Coronada por unos celestiales cabellos rubios semejantes al oro que eran demasiado bellos para una cabecita tan hueca, era la mayor delicia de los ojos y el mayor sinsabor del oído, al tratar de conversar con ella. Pues no tenía opinión sensata de nada, ni se interesaba en nada ni nadie que no fuese ella.

Trazado ya el perfil de las tres hermanas, me remitiré a mostrar lo que ocurría en el mes de enero, en los días previos al fatal desenlace. Las tres mujercitas no se ocupaban en ningún trabajo remunerado, ya que sus rentas heredadas les alcanzaban para todo. Sus albaceas y mentores no vivían en la casa, y cuando cumplieron la mayoría de edad, estos se limitaron a hacerles ocasionales visitas protocolarias. Nunca les habían tenido especial cariño. Abby no tenía amigos, pues la casa y su cuidado le ocupaban toda la atención. Por su parte, Brenda prefería leer. Se encerraba horas y horas con libros, y si algún chico gustaba de su compañía, debía adoptar esta misma costumbre junto a ella, para lo cual se quedaban en el salón mientras los recios pasos de Abby se escuchaban en el resto de la casa. Candy, como es de esperarse, jamás paraba en casa. Fiestas, desayunos, cine, bailes, etc. La de no acabar.

Pero en enero ese delicado equilibrio se rompió de forma inesperada. Lo curioso es que pasó de un modo poco creíble. Un libro de Brenda se perdió. Era un libro grande, de pastas rojas. Esta se extrañó de no hallarlo en su pequeña biblioteca personal. Cuando acudió, como era costumbre, a su hermana Abby para averiguar si esta sabía algo, ella lo negó y ambas esperaron a Candy, que regresaba esa tarde de una fiesta estrepitosa en Londres.

Es aquí donde todo se vuelve poético, y perdonen si me expreso en este lenguaje sabiendo de lo que se trata, pero la situación casi lo suplica. Piensen. Alguien dijo una vez que el único triángulo amoroso posible y practicable, a la vez que moral, era el de tres hermanas. Todas se quieren, cada lado apoya al otro. Pero en esta casa vieja de Worcestershire, había en realidad un triángulo

explosivo y peligroso, una espada de Damocles pendiendo sobre las vidas de las chicas. La extraña combinación que formaban no les hacía posible conciliar más que acudiendo al sentimiento natural del amor y, como segundo recurso, a los dictados de la educación. Pero cuando una simple y pueril discusión les sacudió de esta los cimientos, cuando el halo de niebla que era su corrección se esfumó y el amor se vio opacado por el egoísmo, todo se fue al traste. Imaginen la secuencia.

Abby y Brenda confrontan a Candy.

Preguntan por el libro.

Candy responde que no sabe nada de él.

Vuelven a preguntar, con una octava más de tono y unos decibelios más de volumen.

Candy se encoge de hombros y dice que lo prestó.

Le preguntan que a quién.

Contesta que a “un amigo”. Ellas no lo conocen.

Le preguntan que por qué no pidió permiso a Brenda para hacerlo.

Contesta que no se lo habría dado.

La discusión se intensifica y se hace medio confusa.

En cierto momento, Brenda acusa a Abby de no cuidar bien la casa.

Abby literalmente estalla.

Candy dice a Abby que es una tonta y a Brenda que es una dramática.

Brenda también estalla.

Entre ambas empiezan a humillar a Candy, a sacar el resentimiento acumulado por la belleza de su rostro, que les fue negada, por la facilidad de palabra, que no les fue igualmente proporcionada, por el encanto que la hace irresistible a hombres ricos que ella rechaza sin remordimientos... por la facilidad de su vida a pesar de su nulo cerebro.

En el cielo estalla una tormenta. En la casa se quiebran tres corazones de cristal, de diferentes grosores y calidad, sí, pero de cristal al fin, todos ellos. Se rompe en mil pedazos la estoica paternidad autoimpuesta de Abby, ante la burla y el inexistente aprecio que sus hermanas le guardan, lo cual hasta ahora lo descubre. Es una entrometida, una pesada.

Se astilla en cientos de esquirlas la disposición a ser un apoyo que siempre ha

caracterizado a Brenda, su equilibrio emocional que era la estabilidad de sus hermanas, la mayor y la menor, el eje en el que la balanza se inclinaba hacia una y otra alternativamente. Comprende, la chica, que a nadie le interesa su bienestar y que es casi una paria, una hermética desconocida que ni ayuda ni se divierte, que ni aporta ni estorba. Y su mundo se viene abajo.

Se resquebraja el sentido de superioridad de la niña mimada de la casa, por entender al fin que sus hermanas la desprecian por sus decisiones, por su vida, por su poco seso, por la envidia que les inspira, porque nada de lo que posee en la vida le ha implicado mover un dedo para obtenerlo. Y el volcán erupciona.

Y un rayo se descuelga del cielo, azotando las llanuras una y otra vez, decenas de veces en un instante, como el mazo acelerado de un juez nórdico, decretando la sentencia. Y el viento frío dentro y fuera, y las ventanas abiertas. Y los criados en su día libre. Y las velas que se acaban de apagar por un soplo de noche helada. Y una mano, pequeña, delicada y maquillada. Y un abrecartas afilado. Y uno, y dos, y tres. Y los que hagan falta. Y quejidos ahogados saliendo de las bocas como ratones asustados. Y gruñidos de odio y salvaje venganza, persiguiendo a los gemidos como gatos dementes.

Y las manchas en la alfombra, y el silencio momentáneo. Y la risa tranquila que lo sucede, quizás lo más escalofriante de esa y muchas noches juntas. Y los cristales rojos y líquidos de dos corazones esparcidos en el piso, mezclados con los trozos transparentes, totalmente invisibles de un tercer corazón, que ha dejado un hueco que no se mira desde fuera en el pecho de su antigua portadora.

Y más gemidos, de esfuerzo físico esta vez, producidos por alguien que sube un cuerpo por unas cuerdas, dejando en ello todas las fuerzas y el odio que le quedan.

A la mañana siguiente las mujeres del servicio se desmayaron en el salón, y sólo el viejo mayordomo tuvo el temple de quedar en pie, observando los dos cuerpos que colgaban del candelabro, uno al lado del otro, pálidos como velas obituarías. Uno de los cuerpos era recio y de anchos hombros, y casi pasaría por el de un hombre. El otro era más pequeño, y su visión era aún más terrorífica: Tenía la carne de su cabeza al aire, aún goteando sangre, con todo el cuero cabelludo arrancado.

Al fondo, una bonita pintura de caballos.

Y esa tarde, en el tren de las 4:20 a Londres (un tren que no estaba del todo mal), viajaba en un coche de segunda clase (coche que no estaba del todo mal), una chica que, también, no estaba del todo mal, ya que aunque su rostro no era feo ni bonito, ostentaba una linda cabellera rubia como el oro, mientras

leía un libro de pastas rojas que versaba sobre la confección casera de pelucas.



LOS ORGANOIDES

Debí sospechar algo hace una semana cuando Manfred me dio con manos demasiado nerviosas el whiskey con soda de la noche, ese que siempre le pido antes de matar mis últimas horas despierta tocando el piano del salón. Debí saber que esas manos un poco más frías de lo normal, que se estremecieron al tocar las mías, escondían un secreto horrible. Ahora ya es muy tarde. Todos me han traicionado, todos aquellos en quienes confiaba. Y el precio que he pagado yo misma por su traición es horrendo.

No se pueden ustedes imaginar lo desesperado de mi situación ni lo agónico de mi desgracia. Fue hace siete días, ¡Dios, casi ayer! que mi “mejor amiga” Theresa, mi mayordomo Manfred, mi hijo Cornellius y mi médico, el doctor Pirlo se rebajaron a cometer esta indignidad en mi pobre cuerpo. Es obvio que han realizado un macabro experimento de “ciencia”, una charlatanería de locos, al crear las abominaciones, estas cosas asquerosas que me han insertado en el rostro, cosas horribles que se mueven dentro de mi cara y me han hecho víctima de las visiones más espeluznantes jamás contadas.

Todo empezó hace dos meses, cuando mi hijo me encontró al fin, terminando su incesante búsqueda de su verdadera madre, en la cual llevaba 20 años obstinado. Yo vivía sola, feliz, aquí en mi castillo, donde siempre residí desde niña, tocando música, limpiando, acompañándome con mis amigos los ratones y los murciélagos, que dejan oír su voz y su aleteo a toda hora, con el sol como vecino sonriente en mi piel y la noche fría y ventosa como vecina histérica que me daba mucho qué hacer, dado que siempre me ha gustado tejer. He hecho tantos suéteres como meses tengo de vida, y tantas gruesas cortinas que ya no dan abasto las múltiples ventanas del castillo que es mi hogar.

Vivía tan feliz como me dejó mi madre, que todo en la vida me enseñó, y que pronto la suya concluyó. Comía las provisiones que me traían los comerciantes, quienes, conociendo mi método de compra, dejaban todo en la entrada del castillo y se llevaban el dinero que yo les entregaba en la misma forma. Nunca me gustó mucho la compañía humana, ¡y ahora confirmo el estar acertada en eso!

La primera perturbación (una muy placentera) en mi vida la había generado Augustus, mi buen Augustus, caballero y hombre maravilloso que se perdió un día en estos páramos y vino a parar a mi hogar. Le cuidé, le alimenté, sané las heridas de su corazón. Fuimos uno en lugar de dos, por muchos días, hasta que su corazón falló. ¡Cómo le lloré! Cuando supe que iba a tener a su hijo, fui

feliz. Nadie me ayudó con el parto. Mi madre me había enseñado bien. Pero tras cuidarlo un tiempo, ocurrió la segunda perturbación en mi vida. ¡La más horrible, oh, hasta ahora, ahora que esta nueva la ha superado! Vinieron gentes extrañas, cuyos tonos de voz me parecieron exóticos (no se parecían al de mi madre) y sus olores eran inidentificables y desconocidos.

Familiares de Augustus. Escucharon los rumores sobre el último paradero suyo, vinieron, acordonaron el lugar y lo sitiaron con sus vulgares presencias. Entraron en ruidoso tropel y dijeron que yo no podía cuidar al niño (algún vendedor debió alertarlos de que yo tenía un hijo), que necesitaba cuidado yo misma (¿a qué diablos se referían?) y que se lo llevarían para darle la oportunidad de tener un mejor futuro dada su casta y estirpe y bla, bla, bla. Fue así como perdí a Cornellius. Poco después entró Manfred a mi servicio, hombre excelente y discreto (según lo creí siempre) y todo había ido fenomenal hasta ahora. Mi vida corría fluidamente, aunque inundada por la tristeza por la ausencia de mi único hijo. Con el tiempo me fui rodeando de pocas y bien elegidas personas (pensaba yo): Theresa, el doctor Pirlo. Y paremos de contar. Y cuando Cornellius, mi pequeño, regresó hecho un hombre y me encontró, pese a los esfuerzos en la otra dirección de su familia paterna, tuve una inmensa alegría.

La cual terminó hace una semana, por la noche.

Debí sospecharlo. Mi hijo no cesaba de hablar de los últimos descubrimientos científicos, de los avances de no sé qué “instituto” de no sé qué ciudad (la palabrita con “i” no la conozco), y de que él había estudiado en este y de que ya conocía al doctor Pirlo (ahora sé que este rufián trabó amistad conmigo hace tres meses sólo para hacer esta maldad horrorosa), y de que este lo guió a mí por una “feliz casualidad”. Hablaron de que todas mis “facultades” me serían devueltas con una sencilla operación quirúrgica, y aunque yo me preguntaba “¿qué es eso de facultades?” sospeché que era importante porque Cornellius elogiaba constantemente al doctor Pirlo por su abundancia de ellas. En fin, que me opuse a escuchar una sola palabra más, ya que siempre he sido muy precavida, y por lo visto se obstinaron y decidieron hacerlo sin contar con mi consentimiento. Me drogaron con algo en el whiskey con soda de la noche (¡salvajes!), me operaron y me introdujeron (¡los odio, los odio!) estas satánicas cosas en mi rostro.

Hoy ha sido el peor despertar de mi vida. Trataré de explicarlo.

Cuando recobré la consciencia, en lugar de acudir a mí la perfecta sinfonía de la vida que entra por los sentidos normales de cualquier ser humano, inundó mi cabeza lo que sólo puedo definir como un torrente de intensidad penetrante y maligno, una como claridad mucho más fuerte y agresiva que la que veo en mis momentos de alegría. Las líneas en mi visión ya no danzaban como en una

brisa de verano, más bien se fundían de una forma grotesca y generaban los seres más horripilantemente extraños que he presenciado. Mi hijo, anteriormente una voz dulce, reposada, una alegre nota de música clara y sinfónica en mi cabeza, ahora era una serie de líneas y formas sin sentido alguno que parecían acercarse y alejarse, elevarse y reventar como un estruendo malévolos, y que además producían dos puntos luminosos macabros, indistintos, irritantes y omnipresentes que parecían dirigirse a lo más profundo de mi alma y que traté de eludir, ¡pero no pude! Pues me perseguían y, ¡Dios!, esto fue lo peor: Cuando mi hijo me tocaba, aquellas líneas parecían hacerlo, y me seguían adonde movía mi cabeza, y cambiaban con cada movimiento, con cada paso, con cada grito que yo pegaba al ver lo que mis antiguas personas de confianza me habían hecho.

Corrí para alejarme de las visiones. No pude. Mientras más trataba de escapar, más líneas diabólicas estremecían mi mente, cambiando, agitándose y mezclándose, y cuando me llevé las manos al rostro lo supe, supe el por qué de aquellas malignas pesadillas.

Los toqué. ¡Oh Dios mío, los toqué! Palpé con mis dedos aquellas abominaciones que estaban en mi rostro, enterradas a medias y húmedas como animales muertos y con las vísceras por fuera. Cuando lo hice, me produjo un dolor insoportable, y entonces comprendí que estaban dentro de mí, no, no sólo dentro, que eran parte de mí, ¡de mí!, y que su dolor era mi dolor, y su resequedad mi resequedad, y sus malditas visiones mis visiones malditas, y estaban allí, móviles, inquietos, vivos, los sentía moverse como ratas asustadas, atrapadas con la mano, con cabezas ovaloides que sólo giran y giran y no se detienen jamás. Y secretaban un asqueroso líquido viscoso y salado, y este bajaba por mi cuello, y yo gritaba, gritaba. Me desvanecí.

Cuando desperté, me tenían atada a una cama. La mía. Mi hijo (Dios le perdone, ¡porque yo no!), se dirigía a mí, y mencionaba mi nombre. Y juro que fue sin querer. No hice nada consciente, pero cuando me enfoqué en él, ¡hubo una parte de la piel de mi cara que se abrió, una parte que yo no había tenido jamás!. Como si hubiesen añadido una porción nueva a mi rostro. Y debajo, estaban los putrefactos organoides. Cuando salieron de mi rostro, a medias, sin despegarse del todo como hubiera querido, empezó de nuevo.

Se reanudaron las visiones, las terribles y alucinógenas visiones macabras de formas y líneas y más formas y claridad e intensidad apabulladora, aquella explosión de luz y espejismos que no representaba nada bueno, nada que no fuese terror y suplicio en mi cabeza.

Y una fuerza sobrehumana se apoderó de mí. Esto pasó hace cinco minutos. Ni uno más quiero permanecer con esas cosas en mi rostro. Rompí las tiras de tela con las que me habían amarrado, salté de la cama y los dominé a todos,

pues no soy vieja y sí muy fuerte. Hice un esfuerzo titánico y la piel extraña que se había desenrollado en mi cara volvió a su lugar. Las líneas se disiparon, las visiones se apagaron. Los aparté a todos un lado: a la falsa amiga, al débil mayordomo, al traidor doctor, al maquinador hijo perdido. Corrí al cuarto de Manfred, que nunca cierra con llave. Allí, yo lo sabía, él tiene unas tijeras enormes para tela. Entré y bloqueé la puerta. Y aquí estoy, con las tijeras en mi mano.

Ellos golpean, afuera. Pero llegarán tarde, porque estoy decidida. No voy a dejarme contaminar por esta obra del demonio, por esta pseudociencia que pretenden probar conmigo. No es algo de Dios el abrirle bestialmente dos agujeros a alguien en la ancha frente, agujeros malditos y diabólicos que nunca jamás ha tenido, e insertarle esas aberraciones de la naturaleza sacadas sabe el cielo de qué criatura demoníaca, cuyos malignos organoides podrían seguir conteniendo su infernal esencia, para que se apodere lentamente del alma de su portador. Pero eso a mí no va a ocurrirme. Frases inconexas llegan a mis oídos de parte de ellos. No los escucho. Voy a clavar estas tijeras en cada uno de los asquerosos organoides, y aunque para ello tenga que desprotegerlos permitiendo que mi piel se abra de nuevo, no me importa. Cualquier visión que me azote será pasajera. Porque los abriré, los descuartizaré como a pollos y se irán para siempre de mí. No más horror, no más visiones.

Cornellius grita y parece preocupado, pero ya no importa. Estoy a punto de hacer el primer movimiento, el primer golpe para asesinar estas cosas. Me saldrá sangre, lo sé, y lo siento, porque ya son parte de mí, pero eso se cura. Los traidores de afuera tendrán que vérselas con eso. Sus frases sueltas y redundantes que no entiendo (“todos los tenemos”, “nacimiento”, “darte la sorpresa”, “¡se llaman OJOS!”), no me detendrán.

Y echaré los dos organoides a una bolsa de tela, y se la daré a Cornellius cuando encuentre la manera de entrar al cuarto. Para que vea mi valor, y entienda que el hecho de que esté sola no significa que soy débil. Para que se arrepienta, y no tenga más remedio que volver a sellar los agujeros inmundos que hizo en mi cara. Porque va a palpar la bolsa, y sabrá lo que contiene.

Y la bolsa goteará, goteará...



EMPATÍA

comunicado oficial cifrado 4.1.6.7 con fecha de emisión 4.25.15 a las 1954 horas.

Emisor: Code Name “Risky Climber”.

Destinatario: Code Name “Castillo Real”.

Denominador de Prioridad: Alta Urgencia.

Lo que sigue es una transcripción del diario personal del individuo #26, Richard Tremble, oficinista, de 35 años de edad, inoculado en Abril 21 y devuelto a la vida cotidiana en Abril 22 por la noche. Como los estimados miembros del Comité ya saben, el individuo ha desaparecido. Sin embargo, como investigador ético del Proyecto, no puedo dejar de pensar en que las circunstancias de su desaparición abren un campo nuevo de aplicación para el suero, si bien podrían suponer un considerable obstáculo ético y una controversia fenomenal de opinión pública. Pero dejando los juicios al Comité, me limito a transcribir el documento, esperando que al final de este, los honorables miembros perciban como yo lo hice esta alteración no planeada que revoluciona casi todas las etapas de nuestro proyecto. Abro transcripción:

“Abril 23, jueves. 7:15 a.m.

Me siento un poco nervioso. Es decir, ¡por favor! dijeron que no me vigilarían, pero hasta un tonto entendería que sí lo hacen, sólo que de lejos. Es igual. Creo que no querían causarme trastorno al tenerme vigilado de cerca como a una rata de laboratorio. Pero aunque lo sé, no tienen de qué preocuparse. Siento algo de nervios, sí, pero es normal, creo yo. Por mi parte, seguiré con mi “vida cotidiana”, como ellos dicen, y a ver qué pasa. No entiendo, no obstante, por qué me han elegido a mí como el siguiente individuo. La paga es alucinante, pero ¿por qué yo? ¿adecuado yo? ¿es en serio? Da igual. A trabajar, caballeros. El taxi me espera afuera.

Abril 24, viernes. 5:35 a.m.

Yo... no sé, ni siquiera sé cómo empezar. Supongo que simplemente debo describir lo que me ha ocurrido, pero ¡por todos los cielos! Esto no es de este mundo. Ok, me tranquilizaré. Voy... voy a decirlo en orden cronológico, como me lo pidieron. Esta mañana llegué a mi trabajo sin contratiempos, y prácticamente el día transcurrió igual. Nada qué reportar. Pero todo empezó al volver a casa. Lo relataré como lo viví, así de horrible, ni más ni menos.

Estaba en la calle, esperando ver un taxi para llamarlo, cuando cerca de mí se paró una mujer joven. Tenía unos cinco años menos que yo, estaba enfundada en un delgado abrigo que no la protegía (como sí lo hacía el mío conmigo) del frío de la ciudad en esta época del año. Pero lo que más me llamó la atención fue su rostro: opaco, marcado por una vida de sufrimientos y como atenazado con un miedo enorme, muy malamente escondido detrás del corrido maquillaje. Había llorado, y aún lo hacía. Y aquí es donde creo que el suero se activó. Me vio a los ojos. Hasta ahora, ellos habían mantenido oculta para mí la “acción detonante” como la llaman, pero estoy seguro que es esa.

Su mirada fue penetrante y como suplicante de lástima, cargada con un poco de envidia por mi vida aparentemente mejor. Se subió a un taxi y se marchó. Poco después, lo hice yo en otro. Y mientras el taxista luchaba por iniciar conversación conmigo, el proceso empezó.

Primero fue en mi interior. El frío empezó a calar mis huesos, aunque estaba en un auto con calefacción y llevaba mi grueso abrigo puesto. Luego empecé a sentir miedo. No del taxista, ni de nadie definido, más bien una sensación de que algo muy, muy malo me esperaba al llegar a casa, y que sin embargo me veía obligada, obligado, digo, a llegar a pesar de ello, pues huir sería mucho peor. El cuerpo me empezó a doler, a martillar en varias zonas al mismo tiempo. Sentía el dolor más o menos apagado de lesiones de distinta antigüedad, como si todos los días alguien me golpeara en áreas distintas del cuerpo, y cada herida siguiera allí con su particular escala de sufrimiento. La piel, y lo diré así como lo experimenté, me ceñía y oprimía el cuerpo, como si quisiera tensarse y retraerse, encogerme.

Me bajé, tambaleante, en mi casa, ignorando una pregunta del taxista. Cuando me limpié el sudor del rostro, ¡sorpresa! había maquillaje rojo (sí, ¡exacto!) en mi mano. Asustada (asustado, quiero decir), entré a mi hogar y puse al máximo el termostato. Pero cuando el frío me empezó a abandonar, inició la conversión, la horrorosa transmutación. Caí desparramada (desparramado) al suelo, convulso y con horribles estremecimientos. Los huesos se movían solos, ¡solos!, se reacomodaban como ratas pétreas buscando anidar en el centro de mi cuerpo, y mientras tanto pude sentir en carne viva otras alteraciones que me asustaron mucho más (como cuando... aquellito, se fue replegando y desapareciendo, y se transformó en aquello otro), y me cogí el estómago con las manos y ¡Dios!, sentí los pechos que afloraban sobre mi diafragma, y cuando el dolor remitió un poco, me levanté, tambaleante, y al verme en el espejo, lo descubrí.

Yo era la mujer de la calle. La que había visto antes de subir al taxi. Allí estaba, en mi ropa de hombre, sudando, jadeando, asustada y desvalida, porque sabía que no había terminado. Aquello apenas empezaba.

Volví con miedo la cabeza a la puerta, con ojos azules que no eran los míos. Y aunque esta no se abrió, lo sentí. Supe que entró a la habitación. No sé quién, no sé por qué, ya que no lo veía, pero supe que él estaba allí, un hombre. Y venía a golpearme. A hacerme pagar. Sin ver el brazo alzado en el aire, lo presentí, y levanté mi torneado y femenino brazo para defenderme. Una poderosa mano invisible me lo tomó y lo apartó, descargando luego un tremendo correa en mi rostro. No había correa, no había brazo, pero la marca roja me cruzó la cara y grité del dolor, sollozando. Me siguió golpeando sin detenerse ni un segundo (ni siquiera cuando caí al suelo), azotándome,

pateándome. La piel se me convertía en moretones rojos, el temblor se desataba como una horrenda descarga eléctrica por toda mi nervadura, y un dolor punzante caía sobre otro dolor punzante, estrujándome, arrugándome y secando mis fuerzas, doblegando mi voluntad, triturando mi resistencia, ignorando las pocas lágrimas que tenía tiempo de soltar entre gritos ahogados y súplicas. Fuerte y despiadado, aquel invisible verdugo siguió descargando su ira sobre mí mientras yo perdía gradualmente el conocimiento y la cordura.

Hoy, desperté hace diez minutos. Asustado, salté de la cama y me vi al espejo antes que otra cosa. Nada. Soy yo de nuevo. Soy un hombre otra vez. Con barriga, sí, poco atlético como siempre, pero un hombre al fin. Ni señas de los golpes brutales, ni de la transformación horrible y dolorosa en una mujer indefensa. Estuve tentado a creer que había sido un sueño. Pero no. Estaba lo suficientemente lúcido (¿lúcida? no, lúcido) ayer como para saber qué ocurrió. Debió ser el suero. Así que eso es lo que hace. Empatía. Qué asco. ¿Por qué querría yo experimentar eso? ¿Quién quiere ser una mujer que sufre a manos de un gorila estúpido? Sí, como ven nunca lo he aprobado, pero no es mi asunto. No es mi madre, ni mi hermana ni mi hija la que está pasando por ello, así que me importa un comino. Aunque después de lo que sentí... Bueno, supongo que si supiera que ellas sufren esto, mataría al maldito gusano abusador sin pensarlo.

El experimento sigue, maldita sea la gracia que hace. Debo ir a trabajar. Huelga decir que hoy no pretendo ver a nadie a los ojos. Mucho menos a una mujer.

Abril 25, sábado. 9:00 a.m.

No creo poder soportar esto un día más. Hoy mismo llamaré a Jerry y le diré que el experimento terminó. Es imposible, es horroroso. Hoy no fue una mujer, sino un viejo albañil de raza latina. No sé cómo, si ya me había decidido, pero terminé viéndolo a los ojos al pasar por un puente peatonal. Estaba allí con otros latinos esperando a alguien que los llevara a sus labores. Me arrepentí al instante, pero ya estaba hecho. Una vez más, tomé el taxi y dentro de este los síntomas comenzaron a apoderarse de mí. Sentí cómo mi piel se reseca, cómo el sabor a tabaco viejo se incrustaba en mi boca (yo no fumo), de nuevo el doloroso encogimiento de la piel (ya que el viejo era delgado en extremo), y para cuando llegué a casa, mi rostro estaba tan mudado que el conductor del taxi se me quedó viendo estupefacto y me preguntó si me encontraba bien. Una vez más, pagué, le ignoré y entré.

Un enorme peso se acumulaba en mis hombros. No había cargado nunca nada pesado en mi espalda, pero de pronto sentí cómo los huesos reclamaban por años y años de cientos de libras al hombro, por años de sol, calor y poco descanso, mientras emocionalmente comencé a sentir el remordimiento medio

apagado de las malas decisiones del anciano, la humillación acumulada de tantos años de prejuicio racial (sentí de repente que todo el mundo me odiaba sin razón), mientras por fuera, mi piel se terminaba de arrugar, mis clavículas se hundían y acortaban el ancho de mi espalda, mis pies dolían con ampollas y llagas, mis piernas fallaban y nada calentaba el frío renovado en mis huesos.

Esa noche, algo debió pasarle al pobre anciano. Más bien, sé lo que le pasó. Lo viví, lo sentí. No fui un testigo ocular, no, no fui el cobarde tipo que espera temeroso en la oscuridad mientras la muerte, que aguarda acechante en la próxima sombra, cae como ave de presa sobre su prójimo. Yo lo sufrí, yo probé su maldito dolor.

Lo sentí suspirar aliviado y agotado tras el largo día de trabajo, mientras se transportaba en el *pick-up* junto a sus compañeros. Estuve con él cuando se bajó con un quejido, en su barrio, y echó a andar hacia su humilde morada lleno de pensamientos comunes y cotidianos en su cabeza, inocente del todo a lo que le aguardaba.

Y sentí, aun siento las presencias, decenas de despiadadas presencias alrededor suyo (mío), saliendo a su encuentro (al mío) en aquella calle oscura, callejón desolado del barrio latino. Gritando improperios que no entiendo, corriendo hacia mí, yo buscando desesperadamente una salida, un modo de defenderme, una mano amiga. Ninguna de las tres cosas disponible. Y los machetes, incrustándose en mi piel. Golpeando, tajando. Si la paliza marital del jueves fue horrible, esto fue sencillamente insoportable. Sentí el ardor terrorífico de la cólera que se descargaba en mi pobre cuerpo maltrecho, la furia que aún se contenía mientras los brazos tatuados caían como látigos filosos en mi carne reseca; sufrí la desesperación de saber que todo había acabado, que los órganos disfuncionales que hasta ahora habían sostenido mi vida eran reventados, escindidos, rebanados, sentí mis huesos quebradizos aplastándose bajo el peso de sus cuerpos obesos, el aliento de sus pestilentes rostros gritándome maldiciones en la cara.

En los segundos escasos en que mantuve el conocimiento, vi la sangre brotar de mi cuerpo (¡en serio brotaba!, y esta allí, en la alfombra, esta mañana) y vi como él, justo como él los vio, aquellos rostros diabólicos y aquellos brazos inhumanos que no se detenían, que descargaban sus desgarradores golpes una, otra y otra vez hasta que el anciano (yo, ¡yo!) era sólo un amasijo de carne sanguinolenta y amorfa.

Caí con el terror más brutal en el abismo negro de la inexistencia, y si ahora me preguntasen, medio en broma estúpida, si acaso sé lo que se siente morir horriblemente, les diría que lo sé.

Dios, lo sé lo sé lo sé lo sé lo sé lo sé lo sé lo sé lo sé lo

Abril 25, sábado. 11:54 a.m.

Tuve un ataque de nervios al escribir esto. Un día más, y este suero va a acabar conmigo. Me he decidido a no salir de casa, a no ver a más personas, ni a los ojos, ni a otras partes del cuerpo, por las dudas. No hasta que me den el antídoto. Hoy no trabajaba. Los sábados suelo salir al cine, con alguna chica, o con los muchachos, mis amigos desde la secundaria. Hoy, cuando desperté siendo yo de nuevo, con toda mi sangre en sus cauces, con la piel aún sin arrugar y los miedos aún no desbocados, les cancelé por teléfono sin explicarles nada (no puedo hablar del Proyecto, está estrictamente prohibido) y me refugié en casa cerrando las ventanas. Hace frío. Un sistema de tormentas ha sido pronosticado, y ya empieza, hoy al mediodía, la lluvia suave que después arreciará. Y yo estoy aquí, en mi cama, abrigado y con un café, pensando.

Jamás había sentido esto. ¿Empatía? No. Jamás. Pero ahora... ¿cuánta gente está sufriendo estas cosas? Millones, lo sé. Siempre lo he sabido. Pero si uno no lo vive, no tiene una maldita idea de lo que habla. Vamos, no se me conoce por ser altruista. Nadie lo es en estos días, ¿o sí? Pero, ¡Dios! es sólo que nunca se me había ocurrido ver más allá de mi nariz. Mujeres maltratadas, ancianos asesinados a machetazos, niños que mueren de hambre, gente que sufre por esto y lo otro y lo de más allá. Y yo ni siquiera les evité a dos de ellos el sufrimiento, sólo lo compartí, ¡para lo que les sirvió!

Me voy a volver loco. Me asomé a la ventana hace un momento, con miedo de ver a alguien y sentir la terrible, dolorosa, agobiante empatía una vez más. Pero no había ninguna persona en la calle.

Sólo un perro.

Era un pobre perro Golden-Retriever, callejero, delgado y desamparado que suele venir y quería como siempre un poco de comida. Se mojaba con la lluvia, con su sonrosada lengua de fuera, recibiendo las gotas. Siempre lo he ignorado. Pero ahora lo vi a los ojos, a aquella mirada benigna y bondadosa, y aunque no sentí ningún efecto del suero (claro, es un animal, ¿en qué estoy pensando?), sí vi, no sé cómo, pero vi lo que sentía. Hambre, frío, soledad. Estaba a punto de morir, y miraba fijo mi ventana. Sí, debo estar loco. Y sí, voy a dejarlo pasar”.

Aquí concluye la transcripción del diario de Richard Tremble. Solo deseo complementar los datos aquí registrados con el hallazgo de nuestros investigadores en la casa del señor Tremble, ya que llegamos antes que la policía. El oficinista no estaba, la casa estaba cerrada a cal y canto, con llave, y las únicas llaves estaban dentro, por lo que es casi imposible que pueda haber salido. Las manchas de sangre a las que hace referencia manchaban

ampliamente la alfombra, y al analizar esta sangre en el laboratorio, no tiene como es obvio ninguna marca genética, ni es tipificable, además de disolverse por evaporación a las pocas horas, lo que nos confirma que se trata de “sangre” simulada por el suero, la primera que encontramos tan fresca fuera del laboratorio. Pero es muchísimo más interesante el hecho de que cerca de las manchas, *dos perros* Golden-retriever yacían muertos, uno al lado del otro, desfallecidos para siempre de hambre y frío. ¿Ven los señores miembros del Comité lo que quiero dar a entender?

Los dos perros eran genéticamente idénticos. ¿Entienden lo que acabamos de descubrir?



LO QUE NACE DEL CALOR

La casa estaba oscura y llena de polvo, y justo como cuentan las historias de fantasmas, se estremecía por todas partes como una osamenta viviente, mientras afuera la lluvia y el viento gritaban los ecos de un pasado olvidado en aquel pueblo casi abandonado, donde a tan intempestivas altas horas de la noche llegaron los tres viajeros.

Harry, el esposo, se quitó su delgado abrigo y puso sus manos al fuego que débilmente ardía en la hoguera, que acababa de encender. Estaba, tal como su esposa y el señor Edmund, calado y empapado hasta los huesos por aquella fría tormenta que parecía interminable. La camioneta todoterreno se había quedado varada una milla atrás, y con la disyuntiva de proseguir o volver sobre sus pasos, los tres decidieron arriesgarse con las linternas y llegar a la casa vieja bajo el aguaje inclemente.

Arribaron sin contratiempos, por supuesto. La lluvia sólo era eso, lluvia. El suelo lleno de barro sólo era traicionero en el sentido de que podía uno caerse de forma indecorosa, y el aullante clamor de la ventisca sólo era irritante dado que no dejaba oír ninguna palabra al estar al exterior. Pero nada más. Los tres no habían llegado a donde estaban precisamente por tenerle miedo a los ambientes fantasmales tan clichés en las películas de terror.

Contemplaron en silencio la casa. Era grande y era vieja, justo como habían visto en las fotos, y nada en ella los sorprendió. Tal vez el hecho de que hubiese leña para la hoguera. Debía haberla dejado un anterior intruso, acaso buscando lo mismo que ellos (esperaban que sin éxito). Harry se dirigió a su mujer, Joan.

- Cariño, me parece que es hora de olvidar los hermetismos y explicarle

al señor Edmund lo que esperamos de él, y la razón por la que lo llamamos aquí.

- ¿No es demasiado pronto para eso?
- Yo creo que no, miss Lars (intervino el aludido). Me parece lo más apropiado. Esa joya que buscan, y que, recalco, *supuestamente* está en esta casa, vale mucho, pero no vale lo que vale mi vida y quisiera saber a lo que me enfrento.
- Precisamente por eso creímos que se arrepentiría, Edmund. Los rumores sobre lo que habita en esta casa son fuertes, y las teorías que se han creado son descabelladas. La gente habla de fantasmas y todo eso.
- ¿No creerán en esas cosas, verdad?
- De hecho no (dijo Joan), pero sí sabemos la verdad sobre esta casa, que en realidad es peor que cualquier historia de fantasmas. Aquí no hay fantasmas... pero hay pruebas de que muchas veces los “otros” han habitado esta casa, por razones desconocidas.
- Nunca se me explicó bien (replicó de nuevo el especialista) qué o quiénes son los “otros”, amigos míos. Sólo sé que son las únicas criaturas de inteligencia equivalente a la humana que se admite podrían existir fuera de nuestro mundo. Pero no sé mucho de ellos. No estaría mal que me ilustraran.
- Quisiéramos saber más que usted (suspiró Harry). Pero son pocas cosas las que conocemos a ciencia cierta, a pesar de haberse invertido años de estudio desde el descubrimiento. Por ejemplo, que no son de este mundo obviamente, pero que son de carne y hueso, al menos de algún tipo de materia orgánica. Se mueven rápido, y respiran, pero no aire. Se alimentan, aunque aún no sabemos de qué. Han sido confundidos con muchas criaturas reales o imaginarias, míticas y de ficción moderna. Si tan sólo se dejasen ver, estudiar, todo sería más fácil. Claro, y si Pie Grande se apareciera una noche en nuestra puerta pidiendo una taza de azúcar, conoceríamos hasta de qué rayos está hecho el vello de su nariz. Volviendo al tema, Edmund, lo que queremos es, en síntesis, que utilice sus habilidades y la experiencia que tiene en encontrar pasadizos y compartimentos escondidos en casas viejas. La joya debe estar bien oculta, y no podemos tardarnos mucho en hallarla.
- ¿Puedo preguntar por qué?
- Por ellos (se adelantó Joan). Por los “otros”. Nunca abandonan un lugar del todo. Siempre vuelven. Si nos hemos arriesgado, es por la fortuna y el caudal de conocimiento científico que hay tras estas paredes, y por el hecho de que no ha habido lecturas ni señales de ellos en años en este lugar, a diferencia de otros sitios donde también se

presume que hay joyas de este tipo. Pero no queremos permanecer aquí ni un minuto más de lo necesario.

- Bien. Entiendo. La joya pertenece a ellos, ¿no? A los “otros”. Y ustedes van a robarla. Claro. Muy sensato. Bueno, no me miren así, sensatez es algo que jamás he tenido. Sólo así se logran las grandes cosas. Entonces, no hay tiempo que perder. Los guiaré. No se separen de mí.

Pasaron tres horas buscando, registrando, desempolvando y abriendo cosas en el sótano de la casa, en las habitaciones, en el ático. Algunas puertas ya estaban forzadas y sus cerraduras rotas, claro, por los anteriores buscadores. Afuera, el viento seguía gritando. La lluvia caía como miel espesa, ahogando ruidos, aislándolos del mundo, encerrando su pequeña odisea en un olvido del que ninguno de ellos se daba cuenta.

Aquello parecía el reinado de la oscuridad. De veras lo parecía.

En cierto momento, entre descifrado de cerraduras extrañas, entre el polvo fino que volaba de muebles milenarios, al buen Edmund le pareció sentir cientos de ojos mirándolos. Oh, pero no eran ojos lúgubres, como los de las historias, que se esconden rasgados, rojos y tenebrosos en las sombras, sino ojos luminosos, invisibles pero a la vez potentes como blancas lámparas de diodo. Como pequeñas estrellas, pequeños soles que se escondían, aguardando su momento de deslumbrarte, como en un escenario cuando todas las cegadoras luces se enfocan en un mismo instante. Era un pensamiento irracional, pensó Edmund, pero sintió como si lo provocase algún recuerdo reprimido y antiguo.

Finalmente, la encontraron en un lugar de lo más vulgar (a pesar de que sin Edmund no lo hubiesen hallado), sin cerraduras, trampas ni secretos. Brillante, diamantina, del majestuoso color del sol y la forma de una esfera, era hipnotizante el verla. Los Lars se frotaron las manos, embrutecidos por su millonario hallazgo. Edmund los miraba preocupado. Aquella joya no era normal. No se veía normal. Era pequeña, como del tamaño de una pelota de golf, pero parecía capaz de tragarse tu alma. Algo parecía emanar de ella, una luz embriagadora, como la de un verano al aire libre, una de esas tardes de la niñez en que hay algodones, refrescos, y juegas y corres tras la pelota y te diviertes tanto que no notas el sudor, ni el cansancio ni las quemaduras de la implacable radiación solar en la piel. La vulnerable piel.

Y afuera, la antítesis de aquellas sensaciones encarnada en la tormenta y el agua que caía imparable, infinitamente fría y desoladora.

- Esto es, es, sencillamente glorioso (señaló Harry). Sólo mírenla. La gente pagará sólo por verla. Poseerla será privilegio de gigantes. Es, era, de ellos. De los “otros”. Y el que la hayamos encontrado sin

resistencia sólo indica una cosa. Que la abandonaron. Ya no están. ¿Lo ven? A nuestro alrededor. ¿No lo notan? No son necesarios los instrumentos para colegir esto.

- ¿Notar qué? (inquirió Edmund)
- No hay nada luminoso (apuntó Joan). Algo que Harry no mencionó hace rato es que los “otros”, hasta donde sabemos, son criaturas luminosas. No les gusta la oscuridad... este, este ambiente, esta atmósfera de película de espantos del siglo pasado. Si habitasen la casa... Ya no habría oscuridad, ni tormentas. Ni niebla, ni espesura. Todo sería lúcido, diáfano y centelleante. Y ahí encontrarías de algún modo la muerte, como muchos osados tipos de nuestra clase.
- Entonces, ¿no nos iremos? (preguntó con una octava más de tono el hombre que había hecho posible el hallazgo).
- Con esta tormenta que se ha puesto aún peor que cuando venimos, nadie puede salir de aquí de todas formas. Hay que esperar a mañana para ir por la camioneta (cerró Harry el debate).

Aquella noche, mientras afuera el frío, el agua y la oscuridad se comían al mundo, los Lars y el señor Edmund se acostaron a dormir en sus sacos calefactores al pie de la hoguera, en el centro de la habitación que había sido el salón de la casa. La joya, la esférica joya solar, yacía en el bolsillo del esposito, reposada, inofensiva en apariencia dado que sus defensores, sus guardianes parecían haberse largado o muerto hace mucho, fueran quienes fueran, y todo lo que la rodeaba era oscuridad, lluvia y neblina y viento frío, y más y más oscuridad en toda la comarca.

Salvo el fuego, claro. Una hoguera que llevaba años sin arder, sin que nadie pusiera una chispa vivificante a las secas y tostadas ascuas hasta esa noche. Una hoguera a la que algún bienhechor había dejado un suministro seco de leña, por si alguien más llegaba.

Los ojos los miraban y los soles ardían, los soles miraban y aguardaban...

Todos soñaban. Los sueños del matrimonio se limitaban a futuras riquezas, a yates, a casas lujosas, autos, a reconocimientos y premios arqueológicos y científicos, todo gracias al hallazgo de aquella joya de belleza inigualable y tremenda importancia científica.

Pero Edmund, en su sueño, recordó por alguna razón un episodio de su niñez. Tendría tal vez unos diez años, y siempre había sido un niño muy observador. Todo era muy vívido. Era el día de un eclipse solar, y había estado correteando en los juegos mecánicos del parque. Muchas personas se juntaron en aquel espacio abierto a la hora anunciada para el eclipse. Como a todos los niños, le dio curiosidad, pero su madre le advirtió que no viese al sol directamente, pues podía quedarse ciego. No obstante, justo antes que el eclipse terminara, él vio

a la estrella sin protección. Y en la corona, dentro de aquel mundo dorado y demencialmente caliente, le pareció verlo.

Era un ser colosal de forma física indefinida, pero muy, muy luminoso, hecho de oro y de fuego, una criatura sin lugar a dudas, pues aunque su apariencia sugería lo divino, había algo que no cuadraba, una cierta imperfección en sus movimientos. Como si necesitase de algo sólido para habitar, algo que le diese forma y estructura. Era, no obstante, una criatura cuya simple visión embriagaba como un día de verano. Luz cegadora y caliente, radiante e imponente a través de millones de kilómetros de espacio vacío. Lo vio por un instante demasiado breve como para que se registrase más que en el subconsciente. Y no estaba solo, dentro de la masa nuclear del sol.

A su alrededor, había cientos de ellos.

Había pasado el invierno. Un día soleado y caluroso se cernía sobre aquella región sedienta. Un grupo de campistas llegó a la casa, la misma casa en aquel pueblo casi abandonado, la cual sin embargo ya no crujía, ni se oía el grito del viento en sus paredes, ni la lluvia cayendo como melaza en su techumbre. La gente quería descansar. No estaba cerrado con llave. Así que entraron.

La madera del suelo crujió cuando los pesados pies de todos se plantaron ruidosamente en el salón. Cuando entraron, todos estaban hablando, pero quedaron mudos de inmediato.

En la chimenea, la hoguera seguía ardiendo, como si alguien hubiese seguido atizando su fuego por meses. Y junto a ella, tres cuerpos horriblemente negros y secos, con la textura aparente del papel, yacían desparramados, con sus rostros congestionados en el terror más absoluto mientras algo parecía haberse alimentado de sus recuerdos, de sus miedos, de sus esperanzas y el calor de sus almas.

El frío no es más que la ausencia de calor. Cuando algo se enfría, es porque el calor lo ha abandonado. Y ha pasado a calentar algo más. Claro, las cosas no absorben más calor del que necesitan para igualar en calor a aquello de lo cual lo reciben. Es una ley física. Pero una ley que no aplica en modo alguno a lo que nace del calor. Lo que nace del calor sobrevive con el calor, lo busca, lo añora, lo absorbe. Jamás está satisfecho, ni aun cuando tiene una misión de miles de años de duración y debe estar lejos de la fuente primordial de su calor. Ni cuando parte de esa misión consiste en poner bases de operaciones en lugares donde el calor es tan mínimo, que cualquier registro cálido es absorbido para no perecer de hambre.

Y la hoguera no se había apagado. Y el sol brillaba con más fuerza que nunca.

Y había soles más pequeños, que no ardían tanto ni eran visibles, pero que los miraban, los miraban...

A una muchacha del grupo se le pasó pronto el susto. Abajo, a sus pies, había una esfera hermosa y enorme, del tamaño de una naranja grande. Parecía estar hecha del mismo sol.

- Mírenla (dijo). Es tan brillante.



COMPRESIÓN

Llegó un bendito momento en el que ya no sentía culpa. Sí, sucedió al fin, a pesar de lo que se hubiera creído. Una mañana, hermosa mañana de invierno, el viejo Billy despertó en su casa de campo a orillas del lago, salió al porche con una taza de café en la mano, y cuando se vio al espejo interior, cuando indagó en los rincones de su corazón, escarbando cuidadosamente en busca de los retazos de sentimientos dejados al descuido, observó con algo de asombro alegre que la culpa, finalmente, le había abandonado.

El día por fin se presentaba lúcido y lleno de luz, los ojos al fin se abrían de par en par ante la belleza del mundo. Ya sin culpa, el corazón cansado del viejo conductor de autobuses retirado suspiró de alivio y se sintió, por vez primera y en realidad, en paz.

En aquel momento le ocurrió algo en extremo interesante al viejo Billy. A veces, este fenómeno le ocurría, muy de vez en cuando. El instante de tiempo en que meditaba estas cosas se alargó en dirección al pasado hasta abarcar los 15 años que habían transcurrido desde el fatal accidente, comprimiéndose al mismo tiempo en un solo instante temporal, sin futuro ni pasado verdaderos, sólo miles de sucesos juntos, encerrados y aprisionados en un mismo pequeño e ínfimo momento de la historia, que ahora se le aparecía intrincado y lleno de facetas, un prisma mental en el que podía medir esos 15 años y calibrarlos de acuerdo a lo que creía moralmente recto.

Pudo introducir su mano en el guante mental de sus últimos tres lustros de vida, y con cada movimiento figurativo de su mano, cada recuerdo, cada hito en su historia estaba allí, no como una simple memoria, sino vívido, real, vibrante y sin difuminarse, listo para ser levantado del nicho como preciosa joya, para darle la vuelta y contemplarlo desde todos los ángulos, para abrillantarlo y pulirlo todo lo que Billy quisiese.

Y el buen Billy comenzó a levantar, uno por uno, los dedos de su mano

enguantados en el recuerdo presente y a contar los más relevantes acontecimientos de esos años, todos los cuales habían influido en que ahora, por fin, su corazón ya no sintiese culpa.

El primero, por supuesto, era tórrido y despiadado, pues se trataba del accidente mismo. El repentino y totalmente inesperado agarrotamiento de su pierna mientras presionaba el acelerador en una calle descendente, el vano y desesperado intento de su parte por quitarla y presionar el freno en su lugar, la inclemente y potencialmente creciente velocidad del autobús. Los gritos despavoridos de los niños. Los golpes de los pequeños puños de los críos en el vidrio protector de la cabina. Las líneas pasando en el parabrisas, implacables, raudas y concluyentes. Y allí, mientras la angustia inundaba su mente, sintió acaecer el momento mismo de la verdad, el punto cumbre de aquel recuerdo, cuando con su mano izquierda haló el pestillo de su puerta del conductor y decidió, sin muchas esperanzas, saltar del autobús y salvar únicamente su vida.

No podía hacer nada por ellos. No había tiempo de reacomodarse aprovechando el espacio que le daría la puerta abierta, y presionar el freno ahora sí, ¿verdad? Incluso frenar los mataría a estas alturas... probablemente. La cuesta era demasiado empinada, la velocidad demasiado alta. El muelle estaba demasiado cerca. Y podía salvarse. Así que lo había hecho. Sus dedos habían halado el pestillo, y con todas sus fuerzas se había lanzado fuera del automotor, cayendo de milagro en un montón de redes de pesca y salvando el pellejo.

Pero al autobús había terminado sus días, y con ellos los de 55 niños con la vida por delante, zambulléndose limpiamente en el océano sin volver arriba por aire. Ni uno solo de los pequeños había sobrevivido.

Allí, recordó Billy, había sentido la primer estocada de la culpa. Un golpe frío, brutal, de vergüenza y dolor por el peso de un error tan gigantesco. Lo habían llevado al hospital, donde tuvo que aguantar ver las más horribles escenas de dolor de madres, padres y hermanos que lo visitaban sólo para desear, más o menos abiertamente, su pronta muerte. Muchas personas habían visto cómo saltaba, y no podía explicarles, porque no le dejaban hablar. Era un asesino, un criminal, había dejado morir a los niños preocupándose sólo por su viejo trasero.

Billy levantó otro dedo, y en el infinito momento comprimido examinó el segundo recuerdo. El juicio. Su abogado había sido muy hábil, sí, muy hábil en verdad. Rebató la tesis del fiscal, que aducía que Billy no había informado de su problema muscular crónico, afirmando calurosamente que el conductor no conocía tal padecimiento. Habló con largueza del intachable historial de 20 años de trabajo de William Reily Crampton al servicio de los niños de la localidad, a quienes había llevado y traído sin un solo incidente por varias

generaciones de escolares que crecieron y se hicieron adolescentes y hombres y mujeres en aquel lugar. Finalmente, se sentenció a Billy a sólo un prolongado servicio a la comunidad, mientras la opinión pública renegaba y se ponía en su contra. El dolor era demasiado. Billy recordó haber pensado que les dolía más el hecho de que él viviese, que el que sus retoños hubiesen terminado al fondo del arrecife. ¿Qué derecho tenía de salvarse? ¿No era responsable por ellos? ¿Qué más daba que no hubiera posibilidad alguna?

Porque no la había... ¿verdad?

Un dedo más en el guante simbólico del recuerdo comprimido, y Billy se vio fuera del hospital, tras aquella crisis que cinco años más tarde le había acaecido. Parecía un milagro, dijeron los médicos. Y había salido de aquellas blancas paredes más fuerte, más lleno de vida que nunca. Dejar el empleo, por obligación de la corte, le había beneficiado al otorgarle una jubilación anticipada. Por ello se había mudado a aquella preciosa casa del lago, donde solitario pero bien acompañado de sus perros, el viejo y anteriormente poco retribuido chofer escolar se había dispuesto a vivir en paz sus últimos años.

Pero la culpa le había atormentado por un buen tiempo, a pesar de la hábil defensa del abogado, y las palabras de apoyo de muchos amigos que le aseguraban que no pudo hacer nada. Preguntas se agolpaban una tras otra en su cabeza: ¿Y si sólo hubiese estirado el cuerpo un poco más hacia atrás? ¿Y si hubiese ocupado el freno de mano como último recurso? ¿Se habrían salvado algunos del vuelco? ¿Habría impedido así que el autobús se precipitara al agua? ¿O habría podido al menos abrir la puerta transparente de protección y salvar a uno o dos que se atreviesen a saltar?

Además de estas cuestionantes tan mortificadoras, el viejo Billy tenía la sensación de que había algo que no recordaba, algo que habría podido ser su culpa y no tenía idea qué cosa era. Una acción o inacción determinante del destino fatal de aquellas criaturas.

No obstante, para aquella mañana, todo ese caudal de sentimientos dudosos de algún modo le había abandonado. Se sentía limpio, diáfano, libre al fin de una carga demasiado pesada para sus hombros. Lo que ignoraba el viejo Billy, era que precisamente en esos días algún reportero de la ciudad había decidido dar culminación a una historia muy arduamente trabajada que involucraba la reciente tragedia colectiva, con suicidio incluido, causada por un hombre de 22 años. Y más aún, ese preciso, día, el editor de aquella historia había decidido publicarla. E ignorante como estaba de este hecho, Billy abrió el periódico como siempre hacía para iniciar el día. Se quedó helado.

James Arthur Down, de 22 años, electricista, casado y con dos pequeños hijos, había perdido la razón debido en parte a la bebida y en parte a que tenía un

síndrome de psicosis hacia subirse en un autobús, cualquier autobús, obsesión que le había hecho degenerar paulatinamente en su comportamiento, creando otras obsesiones, llevándolo a adoptar vicios como el de precisamente la bebida, y a descuidar a su pequeña familia poco a poco.

El periodista lo describía como un hombre nervioso, taciturno y poco estable, y profundizaba en las palabras de un psicólogo que anteriormente había intentado sin éxito ayudar al hombre. James, decía el facultativo, tenía un trauma con un episodio de su niñez. Y pasaba a describir cuidadosamente la conversación que habían sostenido en el consultorio sólo cuatro meses antes del estallido final del pobre muchacho. El doctor la recordaba bien, en parte porque le había prestado mucha atención a su paciente, y en parte porque no era algo fácilmente olvidable.

“Todos mis compañeros murieron en un accidente de autobús en esta misma ciudad”, había dicho Down al psicólogo. “Teníamos siete, sólo siete años, sabe, y nos llevaban de regreso a casa desde la escuela. Había sido un día oscuro y lluvioso, y las calles estaban resbalosas. Por alguna razón, yo amanecí con un negro presentimiento aquella mañana. Sabía, doctor, ¡yo sabía!, que algo muy malo iba a ocurrir antes que terminase el día. Ese hombre... el conductor de nuestro autobús, Billy el Ancho, le decíamos, por corpulento, sabe, él jamás, jamás cojeaba, entiende, y yo lo vi, cuando estábamos en el recreo una hora antes de salir de clases, estaba dentro de la escuela por algún motivo, y lo vi cuando estaba sacando una soda de la máquina del pasillo del director.

”Y él de pronto... de pronto se agachó, como con un dolor muy extraño en su pierna derecha. Hizo una mueca de dolor, doctor, y yo sabía, ¡yo supe en ese momento, ¿entiende?!, que algo andaba mal y que ese hombre no podía conducirnos de regreso a casa. Pero era sólo un niño, doc, solamente un pobre niño de primer grado, ¡y quién le va a creer a un niño! Tenía un horrible miedo aquella mañana y yo no dije nada, no dije... sólo me callé, lo vi a los ojos y él me sonrió, reconociéndome. Supe que lo que fuera que nos pasaría, sería en el autobús, no me pregunte cómo, pero lo supe. Y aún así iba a subir. Pero el nuevo marido de mamá vino por mí en su Chevy Camaro rojo con dos bandas negras, y a mí me encantaba el auto, y por supuesto que me subí a él, además mi padrastro me caía bien, y ese día nos fuimos a la playa a pasear, a unos kilómetros de la ciudad. Cuando volvimos, vi las noticias, junto con mis padres, y supimos que el autobús de mi escuela se había ido como un roca al fondo del mar, y yo lo supe, entendí, comprende, que todo había sido culpa mía, que debí haber advertido que Billy el Ancho no estaba bien, que debí haber hablado con alguien, haber dicho algo y que no lo hice, no lo dije, no hice absolutamente nada y todos, todos murieron, y yo no, pero debía haber muerto ese día, doctor. Yo lo sabía. Y no hice nada. Debí morir hace 15 años,

doctor”.

El doctor, en la nota periodística, daba su opinión de que aquel hombre estaba embargado por la culpa, y el trauma de creer que en su niñez había causado la muerte a decenas de niños como él ahora lo tenía atenazado. Pero James se había resistido a recibir tratamiento, aduciendo que su trabajo no se lo permitía, y no había podido darle seguimiento a su caso.

Cuatro meses más tarde, James Arthur Down, quien debió morir 15 años atrás, se decidió a morir esta vez sí, pero para no hacer sufrir a nadie, reunió un día a sus padres, su esposa y sus dos pequeños en su hogar, les disparó a todos y luego se metió una bala en la boca. Todos murieron.

Tras los comentarios de rigor del periodista, un tanto altisonantes y rebuscados, se transcribía la opinión de aquel psicólogo que había escuchado toda la historia. Y él decía, en los últimos párrafos. “Ojalá James hubiese pensado más las cosas. Si lo ves bien, aún siendo cierto todo lo que su mente se figuraba respecto a sus presentimientos, la culpa del asunto no pudo haber sido sólo suya, ni siquiera suya en su mayor parte, ni siquiera la mitad. Porque era un niño. Y nadie cree a los niños. Si alguien que no pensara mucho las cosas fuera a echar a alguien la culpa de lo que ocurrió esa tarde, se la atribuiría al conductor, al que James llama Billy el Ancho. Él sabía lo que le aquejaba, sabía lo que podía ocurrir, y no dijo nada a nadie. Probablemente le dio poca o ninguna importancia. Pero la tenía. Y mucha. Y esa tarde, más de 50 niños murieron, y James, quien creyó tener la culpa de todo, dejó que su mente se fuese desestabilizando hasta causar esta tragedia. Esa sería la opinión más a la mano en este asunto.

”Pero ojalá la gente pensara más en las variables. Casi nunca tiene la culpa una sola persona de algo malo o trágico que ocurre. Un solo acto, por pequeño que parezca, una sola acción o inacción puede ser el evento que conduzca a otro mayor, y luego a otro, en un efecto dominó que va a causar una desgracia eventualmente. Pero... claro, hay factores sobre los que tenemos un poco más de control que sobre otros. Y bueno, si los podemos controlar, ¿por qué no hacerlo? Tal vez eso mismo cause otro tipo de tragedia, o no evite la que se iba a desatar. Pero no podemos estar seguros de lo que no es. Sólo de lo que es, de lo que ya es un hecho consumado, de nuestras acciones. Actuar o no actuar es nuestra decisión, y a veces, como hemos visto aquí, es una decisión determinante”.

Terminaba el discurso.

Billy se quedó helado. Había leído todo sin moverse, y sintió la boca reseca y el cuello dolorido. James. El pequeño James. Todavía le parecía estarlo viendo aquel día, mientras clavaba sus ojitos en él desde el otro lado del pasillo, cerca

de la máquina de sodas. El niño lo había visto. La pierna estaba mal, se había agarrotado y podría agarrotarse de nuevo. Y el niño, ya hombre, había decidido que su silencio infantil había sido la causa de aquella desgracia. Y había puesto una bala en las cabecitas de todos los que lo amaban, para que nadie llorase su muerte como 15 años antes habían llorado las de sus 55 compañeros.

Y en cuanto a Billy, él simplemente había olvidado aquel hecho. Claro, eso era. Lo que hacía falta, la espinita invisible que le atormentaba en ocasiones antes de ese día. El hecho determinante, según el psicólogo, que había sido la gota rebotante del vaso.

No había dado importancia al dolor de su pierna. No lo había hecho. Había olvidado, enterrando el recuerdo entre tantos, cómo ese día amaneció sintiéndose mal de su pierna, se tomó alguna pastilla y olvidó el asunto. Pero en la escuela, poco antes del momento de volver a subir a su autobús para entregar a los niños a sus padres, el dolor le había aquejado de nuevo. Y lo había ignorado.

La culpa no era de James. La culpa era toda suya.

No somos responsables de lo que no es, había dicho el tipo del periódico. Pero sí de lo que hacemos, de lo que ya es un hecho consumado. Es cierto, la culpa nunca es de una sola persona. Pero, ¿quién tiene más culpa por su inacción? ¿Un niño de siete años que apenas entiende una rebanadita del mundo, o un conductor con experiencia de más de 20 años, quien se conoce y a su cuerpo y comprende los peligros de sus dolencias? Si hubiese pedido un reemplazo, aquel día, se habría arreglado. Se lo habrían concedido. Pero no fue así, todo siguió su curso, y ese día, Billy el Ancho mató a 55 niños, salvándose él al último momento.

La compresión temporal en la que Billy había entrado al empezar a leer el rotativo seguía allí. Seguía viendo los sucesos de los últimos 15 años como en un prisma fantástico, un único instante temporal que incluía el pasado y el futuro y el presente, todos reunidos en un momento que podía verse, levantarse y examinarse desde todos los ángulos, y el que, por cierto, también podía modificarse. Esta era una habilidad que Billy tenía sin saber por qué, y nunca le había dado mucho en qué pensar, pero no era la primera vez que le ocurría. Aunque en otras ocasiones, abarcaba mucho menos tiempo que 15 años.

Lo único malo que la habilidad tenía, era que Billy no decidía cuándo, o en qué punto de su pasado, comenzaba la compresión, aquel puente que unía todos los momentos en uno sólo. En este momento, con la culpa arrasadora y dolorosa volviendo a inundar su corazón y su sangre, Billy deseó que aquella

compresión del tiempo hubiese abarcado la mañana antes del accidente. Pero no. Iniciaba en el instante justo en que su pierna se había rehusado a soltar el acelerador. Así que no podía deshacer lo que había hecho. Pero al menos había algo, una cosa que podía hacer, y se la debía a James, aquel niño que cargó con una culpa que no era suya por década y media.

Y sumergiéndose en el corredor vítreo de aquella compresión temporal, Billy se zambulló de nuevo en las corrientes del pasado, borrando todo, reiniciando todo en esos 15 años, regresando en el tiempo ese día, esa semana, y muchos, muchos días, retornando a través de su crisis médica de hace un lustro, luego a través del juicio, y finalmente, con rauda presteza intemporal, volviendo al momento del accidente fatal.

Y William Reily Crampton, conductor veterano de autobuses escolares, se halló físicamente, realmente, una vez más a bordo de un autobús amarillo que no podía dejar de acelerar, en una bajada traicionera en dirección al muelle y al mar, con 55 críos gritando de terror tras sus espaldas. No podía hacer nada distinto. A partir de aquel momento, no tenía control sobre la tragedia inminente para aquellos niños. No había tiempo de abrir puertas, de quitar piernas agarrotadas, de voltear ningún volante, de controlar nada de nada.

Sólo una cosa existía, sobre la que Billy tenía total control por un instante. Y ahora, gracias a la compresión, lo sabía. Y usó ese poder.

Entendiendo plenamente su culpa, encomendando a Dios a los niños y a él mismo, abrió sus dedos y los quitó del pestillo de la puerta por donde habría podido saltar, salvando únicamente su pellejo. Dejó pasar aquel momento único e invaluable que se le presentó.

Y la puerta se quedó como estaba.



EL HOYO

El gatito muerto hizo una curva descendente por el aire, pasando enfrente y un poco arriba de tres de las piezas alquiladas, cortando el paso de decenas de gotas de lluvia y aterrizando con un ruido apagado de chapoteo en el Hoyo, gracias a la destreza basquetbolística no explotada del niño que lo arrojó. Un par de cabezas se asomaron indiferentes por sus ventanas mugrientas, pero nadie hizo pregunta alguna.

El Hoyo no había sido construido, precisamente. Como suelen suceder estas cosas, había llegado a existir debido al tiempo, a la necesidad, a la oportunidad y a la pereza de campeonato de los más o menos treinta habitantes de aquel

mesón. Ocho cuartos alquilados componían el edificio de una sola planta, dispuestos en dos líneas de cuatro, una frente a la otra, con la zona de los lavaderos y baños en la única entrada, que daba a un pasaje vecinal mugriento en un barrio semiurbano mugriento de una provincia mugrienta de un mugriento país.

Cerca, del otro lado de la calle, había un río mugriento que corría incansable y desnutrido barrio abajo. En la misma calle había otro río, pero de gente apurada y mugrienta que existía sin vivir, eternamente impulsada por la monomanía de llegar al siguiente día como si fuese esta un motor autosustentable, que se alimentaba de sueños ilusos y esperanzas rotas. Dentro del mesón, asimismo, había una réplica no a escala de aquel torrente interminable (el de agua, no el de gente), en la forma de un riachuelo mugriento de aguas negras que discurría por la cuneta en dirección al fondo del mesón, donde el suelo se quebraba súbitamente bajo la sombra indolente de dos enormes árboles amorfos y tupidos que casi colgaban en el aire.

El mini-barranco de abajo era por todos conocido como El Hoyo. Era un abismo, una cloaca, un cuenco de lágrimas y un pozo de los deseos. Era el funesto final de la vida malograda, el fondo del que habla quien “toca fondo”, una pequeña sucursal del infierno. Era un Hoyo, nada más que eso, un agujero que se tragaba lo que ya no sirve, lo que no es deseado, lo que no tiene motivos para volver. En la eterna estación lluviosa, se alimentaba del tributo infaltable del riachuelo del mesón, que desbocado se precipitaba en él lleno de todas las cosas inservibles y putrefactas que los inquilinos ya no deseaban: sobras de comida engusanada, envolturas, colillas de cigarro, frutas podridas, lavadura de maíz. Lo que no podía ser arrastrado por la corriente de la cuneta lo arrojaban ellos mismos al Hoyo como quien apacigua una bestia exigente. Ropa podrida y carcomida por los hongos, cacharros averiados, gatitos que morían al nacer. El Hoyo tragaba, tragaba. Sin hacer preguntas, sin rezongar, sin devolver ni procesar nada. Como una tumba colectiva, sólo absorbía, insaciable y aparentemente sin fondo. Nada podía verse desde arriba, por las plantas y hongos que crecían sin restricción en sus paredes terrosas. Era tan hondo, que la continua lluvia que lo llenaba en invierno aseguraba que aún en los pocos meses secos, cuando el calor hacía las plantas secas y quebradizas, seguiría habiendo un sordo chapoteo cuando le arrojasen un nuevo tributo. Todos dependían del Hoyo. A nadie le importaba el Hoyo. El Hoyo estaba muerto, como las cosas que se tragaba.

Huguito era un niño de tantos. Huguito en números era cuatro años, tres meses y dos días; era un metro, diez centímetros, dos calzones rotos y dos abuelos rotos. Cero padres, cero uniformes escolares, cero futuro. Huguito en

metáforas era un pececito ambulante, un perrito faldero, un bodoque con patas, un fosforito sin fuego. Huguito apenas hablaba.

Huguito pasaba sus penosos días dentro del mesón, amenazado eternamente por su abuelo con una soberana paliza si salía a la calle. Su día lúgubre comenzaba con los regaños incoherentes de su abuela, que lo sacaban de sus frecuentes pesadillas y su colchón delgado infestado de ácaros y lo mandaban a llenar el cántaro al grifo del mesón, bajo la lluvia molesta de la mañana. Se acatarraba. Entraba tembelequeando con el cántaro. Luego tenía que barrer. Darle comida a las tres gallinas que estaban en quién sabe qué parte del mesón, sin dejar que las otras dos (propiedad de otra inquilina igual de vieja) se comieran los escasos granos. Ayudar en mil asuntos más, por los que nunca recibía el más mínimo agradecimiento.

Cuando quedaba libre, Huguito se iba por ahí, siempre a la vista de su abuela, a hacer rodar por el terreno irregular el único camión de plástico que no le habían quitado los niños más grandes, a estas alturas con tres ruedas que dificultaban ligeramente la marcha. No podía pedirle a nadie que se lo reparara. Nadie iba a hacerlo.

Esa tarde, llegó Tomás, el chico del primer cuarto, ocho años mayor que Huguito, con otros dos gatos bebés como el del día anterior, en la mano, agarrados por los pescuezos. Muertos.

- ¿Vos los “matastes”? (preguntó Huguito).
- “Nombre”. La gata no los quiso. No les dio de mamar. Muchos tiene.
- Y ¿por qué no los enterrás?
- Ve, es más fácil tirarlos al Hoyo.

Huguito oyó los dos chapoteos, uno después del otro, sin alcanzar a ver en qué posición cayeron los malogrados pequeños felinos. Vio al Hoyo con expresión contrita y reflexiva, como reclamándole en silencio, por vez primera en su vida, por aceptar todo tipo de tributos. Luego se dirigió al chico, que con aire indolente se lavaba las manos en la cuneta. Seguía lloviendo.

- Se van “ogar”.
- Bicho pasmado, ya están muertos.
- Vos, pasmado.

Tomás no tenía nada qué hacer. Quiso asustar al chiquito.

- Además que allí, no se sabe. Dice mi tía que lo que tiramos al Hoyo nunca se muere.
- ¿No se muere?
- Qué. Se revuelve, allá abajo, con las cáscaras de “guineyo” y los cigarros, y las botellas de “güaro” y los trapos “chucos”, y el lodo podrido del Hoyo, y todo junto sale, hecho un gran animal así como cabro, con ojos

rojos que se sube trepando por el barranco, “gediondo” a jabón arruinado y a chucho muerto, y se lleva las gallinas, los gatos y los bichos dundos como vos. (Encogió las manos como si fueran garras y las levantó para hacer efecto. Huguito retrocedió). Hoy quizás va a venir, en la noche, te va a “pomporroniar” la puerta y te va a jalar de las patas, a vos y a tus abuelos y se los va a llevar al Hoyo para comérselos untados con lodo...

- ¡Calláte, mono dundo!

Muerto de miedo, Huguito se fue a su pieza a llorar sin que la abuela, quien lavaba ropa en la entrada, le hiciera el menor caso. Tomás se rió y como por costumbre le dio una patada al pobre camión mutilado, que se fue en picada al Hoyo como el último de una raza, dejando definitivamente sin juguetes a Huguito.

Tomás no se percató de que esta vez, no había sonado ningún chapoteo.

Aquella noche, Huguito tuvo una pesadilla que curiosamente, fue asustándole menos con cada minuto que pasaba. Soñó que bajaba al Hoyo. Se agarraba de las plantas débiles medio enterradas en las paredes, las cuales en el sueño lo resistían todo, y descendía poco a poco, paso a paso, llegando más abajo del fundamento de concreto del mesón, pasando la tierra cargada de humedad que “sostenía” aquel fundamento, hasta llegar al pequeño, colosal, intrigante, aterrador averno que era el Hoyo mismo, burbujeante de espeso lodo negro, lleno de nauseabundos cadáveres y un musgo horrendo de un verde vomitivo que se mezclaba con el amarillo del maíz en descomposición y el azul pálido de toneladas de jabón disuelto.

Y en medio de todo, allí estaba. El Monstruo del que su vecino le había hablado. Pero ah, no era como Tomás lo describía, no exactamente. Aunque estaba compuesto, como aquel había dicho, de todas las piltrafas allí arrojadas, el habitante del Hoyo (más bien, el Hoyo en persona) no infundía terror, sino increíblemente cierto respeto. En medio de papeles podridos, hojas apelmazadas y cucarachas ahogadas, se alzaban los dos ojos más viejos y llenos de nostalgia que Huguito había visto y vería. Lo miró, al niño, con cierta compasión y mucha melancolía, y en aquel sueño, hablaba con la voz de un viejo vecino amable, el único que Huguito recordaba, quien había muerto un año antes de un ataque al corazón. Huguito estaba muy pequeño para recordar claramente si lo habían llevado a enterrar como a todos, o lo habían entregado al Hoyo como tributo. Tal vez eso no. Tal vez.

- ¿Qué hacés aquí, niño? (dijo el Hoyo con una voz pastosa y coagulada, llena de gorgoteos, pero no horrorosa)
- Se me cayó mi camión, creo.
- Tomás lo botó, te cuento. Pero ¿para qué lo querés? Ya no servía, no

funcionaba, le faltaba una llanta.

- Ve, a mí me servía.
- Sólo hubiera servido si te lo hubieran arreglado. Pero nadie te lo iba a arreglar, porque aquí nadie te quiere, niño. Vos ya lo sabés. Tu mamá no te quiso, tus abuelos no te quieren, Tomás y los otros niños no te quieren. Tampoco les servís. Tal vez... Deberías venir a vivir aquí conmigo.
- ¿Yo? (preguntó Huguito no con miedo sino con curiosidad)
- No, yo (dijo sarcástico el Hoyo. La cola de una ardilla muerta se le balanceó un poco en la cabeza cuando la movió). ¡Pues sí, vos! Aquí vivimos bien, nadie nos molesta. Somos muchos, y somos uno sólo. No hay miedo, no hay hambre, no hay dolor. Pensalo.
- Y puedo traer a mi ¿“agüela”?
- Yo digo que sí... Hagamos algo. Traelos a TODOS. Vamos a vivir todos juntos aquí. De todos modos... ellos tampoco sirven ya. Si se dieran cuenta se tirarían ellos mismos.
- “Nombre”... No puedo yo. No sé cómo.

La respuesta del Hoyo se disolvió en un gorgoteo, un sonido de agua estancada que empieza a correr, que se fue convirtiendo en un rugido proveniente de lo más hondo, de las mismas entrañas de la Tierra. No daba miedo, no daba terror. Prometía paz.

- No importa. Yo te ayudo.

Aquella noche acaeció el terremoto. Pocas comunidades del mugriento país fueron tan afectadas como aquel barrio mugriento. Pocos pasajes vecinales de aquel barrio mugriento fueron afectados como aquel mugriento pasaje vecinal. Cuando la gente del otro lado de la calle se asomó a ver, nada salvo el portón de metal del pasaje estaba en su anterior sitio.

Todo lo demás... las piezas, los lavaderos, la ropa tendida, la cuneta y las gentes, las gallinas y los perros, las paredes de ladrillo y los techos de zinc, todos habían sido tragados como un amasijo informe por la insaciable y siempre abierta boca del Hoyo. Se habían deslizado como barco condenado a la destrucción en la tierra lodosa e inestable en la que estaba asentado el mesón, y se habían marchado a habitar perpetuamente en las profundas entrañas del barranco. Como los envoltorios de dulce, como las mazorcas sin granos, como los ratones y los pollos atropellados. Pero allá abajo había paz. Allá abajo no se necesitaban ilusiones, ni padres, ni abuelos.

Era un abismo, una cloaca, un cuenco de lágrimas y un pozo de los deseos. Era el funesto final de la vida malograda, el fondo del que habla quien “toca fondo”, una pequeña sucursal del infierno. Era un Hoyo, nada más que eso, un

agujero que se tragaba lo que ya no sirve, lo que no es deseado, lo que no tiene motivos para volver.

